

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1936** Jueves 9 de Abril

Núm. 16

Año XVII — No. 752

SUMARIO

Vida y ejemplos del Salvador	Fray Luis de Granada	Qué hora es?...	Luis Santullano
Poesías	Ramón Guirao	Esos muchachos	Max Jiménez
Respuesta a un manifiesto de españoles	Gabriela Mistral	La ballarina	Luis Alberto Sánchez
Silabas contadas. El verso y la prosa	Enrique Díez-Canedo	El mito de la selva adusta de la tragedia americana	Alma Flori
El poeta Ramón Guirao	Max Jiménez	Krishnamurti	Pedro Mourlane Michelena
José María Chacón y Calvo	Lino Novás Calvo	En los días del bimilenario de Horacio	María Teresa León
En la farsa de Buenos Aires,...	Juan del Camino	Cómo conocí a André Malraux	

Vida y ejemplos del Salvador

Por FRAY LUIS DE GRANADA

= Páginas sacadas del tomo IV de sus OBRAS: *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana*. Edición de Fray Justo Cuzervo. Madrid. 1907. =

De la doctrina y predicación del Salvador



Las Lágrimas

(Autor desconocido. Museo Provincial Artístico de Burgos, España).

...Cuanto a lo primero, una de las consideraciones más cotidianas del verdadero cristiano había de ser la ley de Dios y la doctrina de sus santos mandamientos. Por dónde entre las alabanzas del varón justo una de las principales es que pensará en la ley del Señor día y noche. Y el profeta David en su Salmos a cada paso se gloria del amor que tenía a esta santa ley, y cómo todo el día tenía su pensamiento en ella, y cómo esta consideración le era más dulce que el panal y la miel. Pues si tan dulce cosa era a este santo considerar las palabras y mandamientos de aquella antigua ley, ¿cuánto más dulce será considerar los del Evangelio? Aquellos mandamientos en mucha parte eran corporales, éstos por la mayor parte son espirituales: aquéllos temporales, éstos eternos: aquella era ley de siervos, ésta de hijos: aquella fué dada por manos de los hombres, aunque santos hombres, ésta por mano del mismo Verbo Eterno y Sabiduría de Dios. Por dónde, por la excelencia del dador de la Ley, se puede conocer la excelencia de la ley. Porque para este Señor se guardaba el mejor vino del convite, el cual había de convertir el agua fría de la ley en el dulce y precioso vino del Evangelio.

...Y por tanto, el que ha pasado por la ley al Evangelio, el que desea y suspira por la perfección de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo, y el que quiere ser perfecto como su Padre que está en los cielos lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio y en todos los consejos y palabras de Cristo, porque aquí hallará toda la perfección que se puede desear. Y no es menester para esto gastar mucho tiempo ni revolver muchos libros, porque en solas ocho palabras de S. Mateo está sumada muy gran parte de esta perfección. Si no, párate a considerar atentamente aque-

llas ocho bienaventuranzas de Cristo, aquella pobreza voluntaria que de un golpe corta la raíz de todos los pecados y cuidados y trabajos y negocios del mundo, que es la codicia, aquella mansedumbre de corderos que excusa todos los odios y iras y contiendas de los hombres, aquellas piadosas lágrimas con que el ánima es otra vez bautizada, refrigerada y regada, para que dé fruto de vida eterna, aquella

hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia y las flores que preceden al fruto de las virtudes, aquella misericordia que proveyendo a las necesidades ajenas, remedia las suyas y asegura para el tiempo del menester la divina misericordia, aquella limpieza de corazón, donde resplandecen los rayos de la divina luz como en un espejo muy claro, aquella paz y concordia con todos, que hace al hom-

bre hijo de Dios e imitador de aquella infinita bondad y caridad para con los hombres, y sobre todo aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo, y lo constituye en aquella región de paz y tranquilidad, a donde no llegan las peregrinas impresiones y nublados de este siglo tempestuoso, y de donde ve como debajo de sus pies todas las nieblas y torbellinos del mundo. Pues quienquiera que todas estas virtudes atentamente considerare, verá en estas ocho bienaventuranzas resumida la mayor parte de la perfección evangélica.

Entre las cuales la primera y la postrera son tan hermanas, que a ambas se promete un mismo galardón, y a ambas luego de presente, como quiera que a todas las otras se prometa en el tiempo venidero. Por dónde dice San Bernardo que son grandes las alas de la pobreza, pues tan presto suben al hombre de la tierra al cielo, y lo hacen señor y poseedor de aquella tan esclarecida heredad: aunque no llama este Santo pobreza la que lo es de solo nombre, sino aquella que voluntariamente huelga de padecer necesidades por amor de Dios, y la que de tal manera abre las puertas a esta virtud, que también las abre a todos sus allegados y compañeros, que son hambre, sed, calor, frío y desnudez, con todos los demás.

Mira después de esto la alteza de los consejos que están repartidos por todo el cuerpo del Evangelio, en los cuales verás claramente con cuánta razón el profeta Isaías puso al Salvador por excelencia nombre de Consiliario, por la alteza de estos admirables consejos que dió al mundo. Tal es el consejo de vender todas las cosas y darlas por amor de Dios, para tenerlas seguras en el cielo: el consejo de la castidad, que es imitadora de la pureza de los ángeles y de aquellos bienaventurados moradores del cielo:

el consejo de no pleitear ni defender la capa por términos de justicia, por no perder la caridad con el prójimo y la paz de la conciencia: el consejo de no resistir a los malos y perseguidores, sino estar aparejado para dar el un carrillo a quien os hiriere en el otro: el consejo de hacer bien a los que mal nos hacen, y decir bien de los que dicen mal, y rogar por ellos, que es como un traslado de aquella infinita bondad y largueza de Dios, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores: el consejo de la continua y perpetua oración, del nunca jurar ni por un cabello de la cabeza, y del negar a sí mismo y su propia voluntad, y tomar su cruz cada día, y seguir a Cristo, y dejar padre y madre y todas las cosas y a sí mismo por su amor. Pues ¿qué cosa más alta, ni más

De las virtudes y ejemplos del Salvador

Y porque no pienses que esto es sólo decir y no hacer, considera luego cuánto más resplandecen estas mismas virtudes en los ejemplos que en las palabras del Salvador. Si no, dime, ¿qué tan pobre fué aquel que nació en un establo, y fué reclinado en un pesebre, y pudo con verdad decir aquellas palabras: Las raposas tienen cuevas, y las aves del aire nidos, y el hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza? ¿Pues qué mayor pobreza que ser más pobre que los pájaros y que los animales del campo? Y si por esta pobreza de espíritu se entiende la humildad (como algunos doctores entienden) ¿quién más humilde que aquél que siendo Dios y Señor de los Angeles, vino a decir aquellas palabras: Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del mundo? ¿Quién más manso que aquél que por eso es llamado en las Escrituras cordero, y testificado con figura de paloma, por la incomprendible mansedumbre de su vida? ¿Quién derramó más lágrimas que aquel que se obligó a llorar y entristecerse por todos los pecados del mundo? ¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquel que por poner esta justicia en la tierra, echó tantos caminos, padeció tantos trabajos, sufrió tantas contradicciones, y derramó toda su sangre en una cruz? ¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquel que ni con todas las aguas de la pasión pudo apagar esta sed, cuyas entrañas estaban abrasadas con el deseo y celo de la honra de Dios y de la hermosura de su casa? ¿Quién más misericordioso que aquel a quien la misericordia hizo tomar sobre sí todas las miserias de los hombres, para que por este medio fuesen todos libres de ellas? ¿Quién más

perfecta, ni más divina que esta manera de consejos? ¿Dónde pudo venir esta perfección al mundo, sino de la policía del cielo? ¿Y quién podía tener osadía para aconsejar estas cosas a los hombres sino quien tenía también poder para dar el Espíritu Santo y hacer de los hombres ángeles? ¿Por ventura, dice Dios a Job, sabrás tú como yo la orden del cielo, y podrás poner la razón de ella en la tierra? Sólo aquel Señor de los cielos pudo saber esto, y sólo él fué poderoso para bajar el cielo a la tierra y subir la tierra al cielo, haciendo que los hombres pudiesen en su manera imitar la pureza y perfección de los ángeles. Esta es pues la perfección de la vida evangélica, que trajo al mundo el Hijo de Dios de la tierra de donde vino, que era el

misericordioso que aquel que corrió toda aquella tierra de Judea, sanando todos los atormentados del demonio, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, alimpiando los leprosos, curando los paralíticos, resucitando los muertos, y ejercitando todas las obras de misericordia con tanto trabajo suyo y con tan poco agradecimiento del mundo? ¿Qué tan limpio fué aquel que recibiendo en sí las deudas y máculas de todos los pecados del mundo, quedó tan limpio y tan hermoso como estaba de antes? ¿Qué tan pacífico fué aquel que sólo hizo paz entre cielos y tierra, entre Dios y los hombres, entre judíos y gentiles, quebrando todas las iras y furias de todas estas enemistades en su propia carne? ¿Qué tanto padeció por la justicia aquel cuya muerte y cuya vida fué toda una perpetua cruz por la obediencia, y por la gloria del Padre, y por la predicación de su doctrina?

Pues entrando por los otros consejos, ¿quién así dejó de litigar como aquel que acusado ante el juez con tantos falsos testigos, no abrió su boca ni respondió palabra, tanto, que el mismo juez estaba espantado de tan gran silencio entre tantas acusaciones? ¿Quién así dejó de resistir a los malos como aquel de quien dice el Profeta que así como oveja sería llevado a la muerte, y así como cordero delante de quien le trasquila, enmudecería y no abriría su boca? ¿Quién tan fielmente cumplió el consejo de amar los enemigos como aquel que la primera palabra que habló en la cruz, fué rogar al Padre por ellos, y quien la misma sangre que allí derramó, derramó también por ellos? ¿Qué tan ocupado andaba en oración el que gastaba los días con los prójimos, y pasaba las noches de claro por los mon-

tes en oración? ¿Pues qué diré de aquella su ardentísima caridad, de aquella perfectísima obediencia hasta la muerte, de aquella fidelidad para con el Padre, de aquel amor para con los pró-

jimos, y de aquella paciencia inexpugnable en los trabajos, y de aquella tan encendida sed y deseo de la gloria de Dios y de la salud de los hombres?

De los trabajos del Salvador

Mas ¡cuán mal supo, Señor, conocer el mundo el resplendor de estos ejemplos y doctrina tan admirable! No hay cosa más alegre ni más visible que la luz: mas si la luz es muy clara, y los ojos están enfermos, no hay cosa para ellos menos visible y más aborrecible. Pues así acaeció a estos malaventurados, que como enfermaron con la medicina, así se cegaron con la luz. Hacíades maravillas, y decían que érades hechicero: alanzábades los demonios, y decían que érades endemoniado; reprendíades los vicios, y teníanos por alborotador de pueblos: recibíades a los pecadores, y teníanos por uno de ellos: comíades con los publicanos por sanarlos, y teníanos por comedor y bebedor de vino: predicábades con espíritu y fervor maravilloso, y decían que érades sandio. Vos hacíades como quien érades, y ellos hacían como quien eran. Por eso no os indignábades, prudentísimo Señor, antes mucho más os compadecíades de ellos, porque sabíades muy bien cuánta sea la ceguera del mundo, y cuán deñada quedó la naturaleza humana por el pecado.

Pues demás de estas infamias y títulos ignominiosos, ¿quién podrá explicar los trabajos que este Señor padeció buscando como buen pastor la oveja perdida por montes y valles, para traerla al aprisco sobre sus hombros? ¿Qué de caminos echó para esto, qué de ayunos, qué de peregrinaciones, caminando de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia! ¿Qué aldea hubo tan pobre que no quedase honrada y esclarecida con su presencia, y donde no amaneciese este nuevo Sol de justicia, y donde no dejase rastro y memoria de sus virtudes? Pues ¡cuántas necesidades padecería en estos caminos, cuánta pobreza, cuántas contradicciones, cuántas injurias, cuánta hambre, sed, frío y calor, con todo lo demás que en los caminos suelen los pobres caminantes padecer! Testigos son de esto los discípulos, que de pura hambre estrujaban las espigas aun en día de sábado para comer. Testigos los de Cafarnaum, que una vez lo quisieron despeñar, y los de Judea, que tantas veces le quisieron prender y apedrar. Testigos los Genesarenos y también los Samaritanos, que en su tierra no le quisieron recibir ni hospedar. Donde, como los discípulos con celo sin discreción le preguntasen: Señor, ¿queréis

que mandemos que venga fuego del cielo que los queme? el Señor de los ángeles con inestimable suavidad y mansedumbre respondió: No sabéis cuál sea el espíritu que mora en vuestras ánimas, pues eso decís. El hijo del hombre no vino a destruir ánimas, sino a salvarlas. De esta manera pues anduvo el Salvador en este mundo, peregrinando en su propia morada. De cuya peregrinación se maravillaba el Profeta, cuando decía: ¿Por qué, Señor, has de ser como peregrino en la tierra, y como caminante que anda a buscar posada donde repose?

Y siendo tantos los caminos, no leemos que jamás el Salvador caminase a caballo, excepto aquella vez que entró en Jerusalem, sino siempre a pie, y no sólo a pie, sino también descalzo, como muchos piadosos autores lo dicen. Porque mandando él a sus discípulos que fuesen descalzos a predicar, no es de creer que él anduviese calzado. Y que esto se deba entender a la letra, parece claro por lo que al tiempo de la pasión les preguntó diciendo: ¿Cuándo os envié sin alforjas y sin zapatos, por ventura faltó algo? Y ellos respondieron que no. De donde parece que no preguntaba aquí por alforjas ni por zapatos espirituales sino materiales. Asimismo cuando la santa Magdalena lavó sus pies con lágrimas, y los enjugó con sus cabellos, y ungió con unguento, de creer es que no halló allí zapatos que desatase y descalzase. Pues ¿qué padecería un tan delicado cuerpo en tantos y tan trabajosos caminos, y con tan pobre aparejo y provisión para caminar? Encarece el Apóstol los trabajos de sus caminos en una epístola, muchos de los cuales padecería el Salvador en los caminos, como los padecían sus discípulos, porque quien quiso padecer más trabajosa muerte que ellos, no había de buscar vida más regalada que ellos.

Pues de las deshonras y persecuciones que padeció, ¿qué diré? En unas partes (como ya dijimos lo querían prender, en otras apedrear, en otras despeñar, en otras atar como a furioso, y en otras lo echaron de su sinagoga y público ayuntamiento. ¿Pues de qué te quejas tú, hermano, si el mundo usa contigo de su acostumbrado oficio, y te hace malos tratamientos, pues así los hizo al mismo Hijo de Dios? ¿Cómo quieres que tenga ley con los siervos, pues no la tuvo con su Señor? Si

al padre de la familia llamaron Belcebub, ¿cuánto más, dice él, lo llamarán a sus criados? Como si dijera: Si todavía pusieron boca en una persona que con tanta sabiduría y providencia ordenaba todas las cosas, y que con tanta prudencia y medida pesaba todas sus palabras y obras, ¿qué harán con vosotros que no tenéis tanta gracia y sabiduría para todo esto? Antes se había de confundir el perfecto cristiano, viendo a su Señor tan maltratado del mundo, si se viese bien tratado de él,

Porque si es verdad que los perros no ladran a los de casa, sino a los extraños, ¿cómo se tiene por extraño del mundo aquel contra quien no ladra el mundo? ¿Cómo se tiene por discípulo de Cristo, y por hijo de este Padre, y por miembro de esta cabeza, si no le parece en una cosa tan propia y tan continua de su vida?

Cata aquí pues, oh ánima mía, un espejo en que te puedes mirar, y una medicina eficazísima con que puedas curar tus llagas, que es la vida y ejemplos del

Salvador. ¡Oh medicina (dice S. Agustín) que curas todos los males, que humillas las cosas altas, que esfuerzas las flaces, que cortas las superfluas, y enderezas todas las aviesas y torcidas! ¿Qué soberbia se puede curar, si con la humildad del Hijo de Dios no se cura? ¿Qué avaricia se puede sanar, si con la pobreza del Hijo de Dios no se sana? ¿Qué ira se puede amansar, si con la mansedumbre del Hijo de Dios no se amansa? Y sobre todo esto,

¿qué corazón puede haber tan desamorado, que con tantos y tales beneficios no se encienda en caridad y amor? Para todo pues tenemos aparejo en este tan hermoso retablo. Aquí tenemos qué mirar, y qué imitar, y qué llorar, y con qué nos alegrar, y de qué nos maravillar, y con qué nos consolar, y con qué curar nuestras llagas, y con qué provocarnos a amar aquél que tanto nos amó, y tantas maneras de trabajos por nuestra causa padeció.

Poesías de Ramón Guirao

= Envío del autor.—La Habana, marzo de 1936 =

Pez muerto

Mi vida es un largo sueño
de paz muerto
sin escala de algas...
Turbio eco de sombras
perseguidas por un filo de luz.
Aguas que ruedan
sobre piedras quebradas
por huir de sí mismas...
Isla desolada donde la hierba
aprisiona el silencio
y una mano de hiedra
tiene atada
la rosa de los vientos.

Intimo temor de saberme sin ser,
abandonado al impulso
de un llanto sin pupilas,
desnudo de mí,
de perfil a un aire
que no puede reflejar
su imagen despeinada
en el espejo
de otro aire más veloz...

Mas he aquí que el recuerdo
cierto de que los girasoles
tienen conciencia de los crepúsculos
abre nuevos cielos
de voces desangradas
para dar paso al cadáver
de un caballo marino
que se suicidó en alta mar.

Yo, solitario y sin voz
para cantarle
a la sangre de los ahorcados,
con oídos, sí, para auscultar
el ritmo de mi propia sangre,
arrojo mis palabras a los peces,
antes de que una llama negra
y un viento rojo
me sequen la garganta...

Al fin, he cerrado los párpados
húmedos de rocío,
cuando se esperaba el regreso
de un cohete incendiado
que ha herido la distancia...

Sombras de aire

A J. J. Sicre

Ved cómo las agujas
heladas de los sastres
le cosen un traje a la noche...
Se sabe que este farol
ha herido con su luz
un corazón de madera...
Quiero decir que la guitarra
triste de los negros
sangra, gota a gota,
una canción de collares
de nácar y cueros secos...

No es cierto, tonto de mí,
que la madrugada
se haga un pozo de piedra
para sufrir los envites
del eco de una volanta lejana,
ni que el esqueleto
de un bucanero muerto
hace trescientos años,
se quiebre una pierna
al atravesar las paredes encaladas,
temeroso de ser asesinado
por el llanto de un niño insomne.

Todo: el roce de una corriente
de aire al cobrar impulso
en la espiral
de los tirabuzones olvidados,
el sonido de un vello
al caer sobre las baldosas
empolvadas de la plaza,
la pisada de una sombra descalza,
el suave rumor de las semillas
que germinan en el musgo
de los aleros,
se duerme en la garganta
de los gallos...

Yo, vela sin aire,
medito ante una colección
de anzuelos oxidados...

Noche de peces mordida

A Max Jiménez

No era que los peces rojos
como la tierra humedecida
estuvieran mordiéndole los pies
a la noche asfaltada
de los pescadores,
ni que un intenso olor
a vientre recién abierto
hiciera respirar la madera
de los muelles con distinto sonido.

Sin embargo qué nuevas venas
de pez herido tres veces
durante su infancia desgraciada

saltaban en mi pecho,
Qué asombro de pez desnudo de agua.

Si los peces dejaran caer
sobre los hombres
su llanto sordo de canastas
vencidas, y jamos quebrados,
me ocultaría en la sombra tuerta
de un vivero derruido
cuando se presiente
la cala de las redes,
cuando las uñas afiladas de los remos
se clavan en la piel estirada del mar,
cuando un cielo de agua
es iluminado de súbito
por nubes metálicas
de escamas relucientes.

He visto, creedme, el desmayo
de un farol que apaga la distancia.
He oído, escuchadme, el suave lamento
de un chorro de sangre blanca...

Todos los peces abrieron
a un tiempo el abanico de sus aletas
antes de subir al mercado
por el río seco de las calles,
antes de que se oyera
en la ciudad sin un suspiro
la primera explosión de las agallas,
antes de que murieran ahogados
por las trenzas del aire,
antes de que un pez cojo
saltara, alborozado, por una borda
para clavarse en la cera blanda
de las aguas en calma.

Cuántas hojas han caído
atravesadas de miradas
poco después de que la primera sogá
fuera cortada por los aceros del aire,
mordida por los perros sin sueño,
cegada por la brea,
lamida por los toros negros.

Este es el milagro del pez muerto
con una flor de carne en la boca,
este es el milagro del pez muerto
de ojos vivos, que habla al hombre
sin saliva de los tragaluces
y de los cristales tallados.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable
ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Respuesta a un manifiesto de españoles

Por GABRIELA MISTRAL

= Envío de la autora.—De El Sol, Madrid. =

La ilustre escritora doña Gabriela Mistral nos pide la publicación de este escrito, en el que explica el alcance y el sentido de unos juicios suyos, tergiversados en la referencia pública que se hizo de ellos y que han motivado la protesta de los miembros de la colonia española de Santiago de Chile.

Deberes de ineludible cortesía simplemente nos llevarían a complacerla en su deseo; pero se anteponen otros deberes más altos, que nacen de los merecimientos de la eximia escritora.

He aquí el escrito:

"Creo que deba contestar el mensaje de ustedes, miembros de la colonia española de Santiago, en cuanto a documentos llenos de interpretaciones desorbitadas y en un acto de cortesía que, merecido o inmerecido por los firmantes, corresponde a la derechura de mi conciencia.

Propaganda cultural española.—Durante dos años, yo he escrito una sesentena de artículos sobre asuntos europeos, destinados a cuatro diarios de capitales americanas. Entre ese conjunto, una veintena fué dedicada a actualidades españolas. Faltándome mi archivo, enumero al azar los pocos títulos y subtítulos de ellos que recuerdo: Recado sobre Unamuno, Lope de Vega, El Cielo de Castilla, Escardadores de patrias (referencias al periodismo de Moreno Villa), Camiones-bibliotecas (Misiones pedagógicas de España), Revista "Cruz y Raya", Comentarios del "Ciprés" de Silos, de Gerardo Diego; Semblanza de Ramón y Cajal (con motivo de su muerte), Un juicio sobre J. J. Domenchina ("Gerardo Rivera"), Recado sobre Cataluña, Una contadora de la infancia (prólogo a un libro de la española Carmen Conde), Una antología y un antólogo (apreciación de la obra de D. Federico de Onís).

Dejo de citar la serie de artículos publicados durante cinco o seis años en "A B C", y que forman otro renglón crecido de temas españoles.

Los artículos enumerados se publicaron en "El Mercurio", de Chile; en "Crítica", de Argentina; en "El Tiempo", de Colombia; en "El Universal", de Venezuela; en "Puerto Rico Ilustrado", de esta isla, y en numerosos diarios y revistas que los han reproducido en el continen-

te. A las colonias españolas establecidas en estos países les será muy fácil recogerlos si se trata de una investigación a fondo respecto de mi labor periodística en lo que toca a España, que ustedes quedan ahora obligados a verificar honradamente.

Hay, pues, una labor apreciable para cualquier colectividad extranjera agradecida, de propaganda española desarrollada a lo largo de mis dos años de residencia en Madrid. En estos artículos se han tratado, con un elogio pleno, sin regateo mezquino, sucesos relacionados con la cultura española. Tal conjunto de páginas ha captado las emociones más puras y profundas que me dictaron seres y cosas peninsulares y que eran dignos de contarse para públicos americanos.

Parece que los muy celosos firmantes del manifiesto no pasaron nunca sus ojos por ese montón de material, tal vez porque se trata de personas dedicadas al comercio y a la industria. O tal vez no pararon mientes en esa labor leal, porque es mucho más fácil a la raza de ustedes como a la criolla nues-

tra clamar estentóreamente contra los ataques que dar significación a un aprecio y a un elogio cuando ello no llevan el tono de los discursos incómodos de Fiesta de la Raza.

Intimidad.— Pero en el escritor que hace periodismos están lado a lado un filmador de información coloreada para el público y una persona que posee juicios menos primarios y mejor filtrados sobre el mundo que recorre. Esos juicios, asentados en el fondo de la conciencia profesional, no se llevan a la plaza, es decir, a la sábana de papel. Ya sea porque él pesa su gravedad, ya sea porque los reserva para un desarrollo metódico, el escritor los guarda como una experiencia muy íntima o bien los reserva a los suyos más suyos, a quienes los da en diálogos o en cartas.

Un nombramiento consular no destituye en el escritor al individuo propietario de su verdad y señor de una ideología. Ni Paul Claudel, diez años cónsul en el Oriente, se creyó invalidado para decir lo que le parecían el Japón o la China, ni Eça de Queiroz entendió, según

el criterio de ustedes, que no podía juzgar de una Francia a la cual estudió media vida.

Ambos escritores, por ser muy grandes, se sintieron con pleno derecho a entregar el tuétano mismo de su experiencia oriental y francesa. Yo, a mucha distancia de ellos, he volcado los aspectos sociales desventurados de España, no en artículos ni en libros, precisamente por pundonor de huésped, sino en una carta rigurosamente personal. Dicha carta llevaba un acápite, que ha sido suprimido por el espíritu de dolo que domina la publicación que ustedes comentan, y en el cual yo pedía a mi amigo la reserva perfecta de mis opiniones, no digamos en lo referente a una publicidad del documento, cosa que no podía imaginar, sino dentro de su propio círculo de amigos.

El destinatario de la carta es un amigo mío de veinte años, a cuya esposa me une una amistad de tipo familiar; es él además un funcionario superior y un publicista de rango, es decir, una persona en la cual bien podía depositar yo, y otro cualquiera, una confianza de este tipo personal y de esta delicadeza de contenido. La razón deplorable de que mi carta llegase a una revista de figurines es cosa que yo ignoro hasta hoy, y aguardo todavía que el dueño de ella asuma las responsabilidades que le corresponden en este sucedido.

Queda con lo dicho establecido para un criterio lúcido el que yo, periodista, he escrito con destino a la publicidad incontables artículos sobre lo mejor de España que pasó por mis sentidos y que yo, individuo que tiene amigos o cree tenerlos, vacié en unas hojas de cartas dos materias de juicio: mi horror del abandono en que vive el pueblo español y mi asombro respecto de porciones de la idiosincracia del mismo que yo no conocía.

Patriotismos.— Comprendo del más entrañable comprender las heridas del patriotismo, por ser éste una pasión poderosa y especialmente activa en los individuos más selectos y en los más bastos de cualquiera raza. El emigrante—y yo también lo soy en cierta manera—tiene un amor patrio de tipo explosivo. He probado en los Estados Unidos la cólera española cuando se trata de la crítica respecto de su hecho nacional o cuando se hace la defensa de lo americano indígena. Los españoles han



Madera de Laporte

¡Para que lo viera Don Gregorio!

probado igualmente la mía cuando yo he respondido con mi división precisa a la suya, desfigurada de nuestra América del Sur.

Comprendo lealmente, y hasta me apena la impresión recibida por ustedes al leer esa odiosa publicación. La he vivido también cuando dos amigos españoles a raíz de las revoluciones chilenas, me dirigieron a Madrid cartas en las cuales los adjetivos aplicados a Chile eran, Dios lo sabe, mucho más graves que los que a ustedes han ofendido. La mujer, concedora del arrebatado ciego del hombre, no pensó en denunciar a su Gobierno a los atolondrados ofensores de su gente, y ni siquiera quiso contestar aquellas páginas aturcidas mejor que malivadas, que eran hijas del dolor que da a los débiles el desbaratamiento de una fortuna. Fue mi única represalia no volver a escribirles y sellar con el silencio una relación ya acabada. Y una sonrisa criolla ha sido toda mi reacción de chilena al leer otras cartas aun: las que los pobrecitos familiares analfabetos de emigrantes han traído a mi oficina. Ellas venían llenas de una ira igual por la prohibición sobre el envío de fondos al extranjero, establecida por nuestro Gobierno. Mujer vieja, me sé las miserias humanas en general y el "mal genio" castellano de modo particular.

Concedo a ustedes gustosamente que mi carta llevaba un tono violento; si alguno frecuenta a los profetas hebreos sabrá que hay una especie de estupor, y también de piedad, que se expresa en violencia pura. Lo que no entiendo es que ustedes declaren algo así como empresaria del desprestigio español a una persona que en el propio extenso de la zarandeada carta dice: "¡Ay! Duele en las entrañas una España hambrienta".

Un centenar de líneas de mi carta se ocupa de la miseria del pueblo español. Ustedes no habrán encontrado antes en suramericanos la preocupación, y menos la angustia, por esa pobrecita masa de hombres castellanos. Alguna vez eso debía de ocurrir. Hay razones para que el viajero suramericano ponga los ojos en esa porción de la casta de ustedes. Salieron de aquel estrato popular los hombres que fueron a la América. Excepción hecha de unos cuatro condes y marqueses, una línea entera de nuestros abuelos salió de ese pueblo que el americano banal apenas mira desde el hotel en que se hospeda, en Madrid o Sevilla. Después de la conquista

ha seguido saliendo de esa arcilla, infeliz pero feraz, la emigración española que recibimos. La riqueza y el bienestar que adquiere el emigrado en América son fuertes beleños que adormecen pronto a sus poseedores. Es así como los firmantes del manifiesto no han reparado en que, bajo la cólera de esa carta, que lleva trozos goyescos, se agita la piedad mía por un pueblo dejado de la mano de sus jefes desde hace siglos.

Ustedes piden estadística y pruebas técnicas sobre mis aseveraciones olvidando de nuevo, y se podría decir que de mala fe, "que se trata de una carta y no de una campaña pública emprendida contra España". No faltan, sobran los testimonios a una periodista, que además de mirar su asunto, lee la opinión de otros acerca de él.

Antes de sentarme a contestar su mensaje, he leído el discurso pronunciado por D. Manuel Azaña anteayer, delante de medio millón de españoles, y me detuve en esta frase: "Han reducido a la muchedumbre del pueblo español al hambre y a comer hierbas y cortezas de los árboles". Mi carta no ha dicho ni más ni menos que eso en su peor párrafo.

El descomedimiento del mensaje de ustedes, españoles de Santiago, no me llevará a escribir la serie de testimonios semejantes, con la cual otro periodista contestaría a su acusación de mentira. Saben perfectamente ustedes que si mi pluma tuviese reputación de herramienta intelectual falsa, no habrían protestado con una alarma tan crecida de una carta que eleva mi firma.

Copista ejemplar.—Un lector ligeramente atento a un trozo habría sabido que el texto de esa carta estaba plagado de errores voluntarios e involuntarios, falto de sentido en frases enteras y sin la puntuación elemental en otras tantas. Y cuando va a hacerse de un escrito

nada menos que una pieza acusatoria, es preciso que él sea atendido por quien toma el papel de impugnador. Anoto a las volandas los disparates más crasos de la versión que de mi carta se ha dado. Acápiteme 2.º: absurdo "fraude". Esta palabra no existe. La sigue la frase "hasta noble", y un fraude no es noble nunca. Otra muestra: "Alegré por el lenguaje verde-alegre genuino, el andaluz y el vasco". No se entiende nada. Acápiteme 4.º: "No importa la miseria del pueblo". Decía: "Me importa la miseria del pueblo." Otro esperpento: "Y sobre todo, no se ha muerto como el español entiende el que una patria debe alimentar a su pueblo". Esto es, la noche cerrada. Hay más: "El idioma (portugués), dulce y procaz. Debe decir: "Dulce y jovial". Sería demente llamar "procaz" la expresión portuguesa, que es pulcra y hasta cortesana en la propia boca del pueblo. Acápiteme 3.º: "Tiene clan." El copista confundió "elán" con "clán". Otros: "El andaluz famoso (se habla del catolicismo) es idolo que no tiene apelativo, porque va mucho más lejos que cualquiera." Ha debido ir allí el adjetivo "idolátrico" en vez del sustantivo; pero la frase está, como otras más, "compuesta" por el copista sin escrúpulos. Todavía, "Borrachos de charlotes, necio". Decía: "Borrachos de charlotes necio." Etc. No tengo tiempo para seguir la faena de expulgar la obra maestra de maldad, que es esta publicación, ni creo que valga la pena tampoco continuar la triste faena.

Regiones.—Se han hecho ustedes voluntariamente sordos a mi aprecio de dos regiones ibéricas—si no españolas—: Cataluña y la Vasconia. En esta ocasión como en tantas otras, el mérito de esas zonas deja indiferentes a los castellanos, y la estima de ellas por un extranjero les parece una marca de enemistad hacia el centro. Fees y

mortales odios de región, que no les han dejado ver a ustedes que en la misma que critica la miseria central y andaluza, hay una amiga consumada de Cataluña y una estimadora probada del País Vasco.

Exactitud.— Hablan los protestantes de un patrocinio que el Gobierno español habría tenido en mi nombramiento de cónsul de segunda clase en Madrid. El dato es absolutamente erróneo. Ni había yo de apelar a un Gobierno extranjero para presentar una petición al mío ni habría de ocurrírsele a Gobierno alguno intervenir en las decisiones administrativas de otra nación. Sería naturalísimo dar a esta afirmación de ustedes, absolutamente fantástica, el calificativo de embustera, que ustedes usan con tanto desenfado. Pero yo conozco el respeto debido a los demás en una página de periódico, y me basta con atribuir la peregrina aseveración a gente mal informada que se lanza a tratar un asunto en tono trágico sin conocerlo. Es probable que hayan ustedes querido aludir a un telegrama dirigido a nuestro Presidente Alessandri por catorce escritores europeos y que lleva las firmas, muy honrosas y por mí sobrestimadas, de D. Miguel de Unamuno y de don Ramiro de Maeztu. Los escritores que no los Gobiernos, se dan a menudo estas nobles protecciones internacionales, que a los extraños al gremio no les corresponde manchar con su torpeza o desvirtuar con su intención torcida.

En cuanto al lamentable final de su mensaje, que los chilenos con sentido de raza habrán leído estupefactos, sólo quiero decirles lo siguiente: Es atolondramiento grande, cuando se es extranjero, es decir, miembro liberalmente acogido por una colectividad, dar en documento público un trato desconsiderado a los dueños de casa naturales. Algunos chilenos, yo entre ellos, aunque vivamos lejos, somos los señores naturales del país y el último compatriota nuestro tiene derechos a un trato hostil de nosotros antes que el extranjero que vive sobre nuestro territorio.

(Juan Montalvo: Páginas Desconocidas, Tomo I)

Lisboa, octubre de 1975.

Dice Montalvo del presidente ecuatoriano Urbina:

Por la inteligencia, la espada y el influjo, José María Urbina; con el mérito de haber devorado el hambre doce años ha en silenciosa resignación, después de haber sido dictador y presidente: cosa rara en la América del Sur, donde casi todos los que mandan quedan hartos para diez generaciones.

"La Colombiana" SASTRERIA

de F. A. Gómez Z.

OFRECE: los mejores casimires ingleses, el mejor sistema de corte y los mejores operarios para la confección de sus trajes. Si Ud. no es cliente mande hacer su vestido en esta casa

Favorecido en la Serie "MEDELLIN" No. 53

Avenida Central, Frente a las Compañías Electricas

— TELEFONO 3283

LETRAS

Silabas contadas

Por ENRIQUE DIEZ-CANEDO

= De *El Sol*, Madrid. =(Véase en la entrega pasada, el artículo de Lugones: *Musas a la moda*.)

Un artículo de Leopoldo Lugones en "La Nación" de Buenos Aires discute una vez más las libertades métricas adoptadas por las que llama él "Musas a la moda". Su posición es de extrema derecha y parece asentada en un principio incommovible: "Ningún verdadero artista se siente incómodo con la fidelidad que a su arte debe, porque ella es su ley de honor". No se habla aquí de "reglas", como en los antiguos tratados retóricos; pero se las da por existentes y poco menos que por invariables. Lugones, en quien se ha de reconocer "gran maestría", para decirlo con frase de Berceo (sin referirlo concretamente a las "silabas contadas", como nuestro poeta medieval), aparece como campeón de una forma poética definida frente a la actitud de muchos poetas más jóvenes, por obra de los cuales ha cambiado tanto el sentido formal en el verso hispano y, no se ha de olvidar, en los demás idiomas cultos, por un fenómeno que no parece privativo de escuela o tendencia, sino producto del tiempo.

Para Lugones, poesía que no puede ser cantada no es tal poesía. "Inténtese — desafia — cantar esos renglones desaparecidos, que al carecer de rima, es decir, de pausa métrica, resultan subordinados únicamente a la puntuación de sentido, con frecuencia suprimida también. No se puede. Y no, y de ningún modo, porque les falta el ritmo, que consiste a su vez en una sucesión de pausas simétricas. Esto, sobre todo, cuando se trata de versos irregulares o libres de sujeción al número de sílabas y a la cesura o pausa medial, por un esencial motivo; en toda rima hay canto, por la sencilla razón de que rima es canto. "Consonancia", según su otra denominación. Si se la elimina también, deja de existir el verso. Tal fué la revolución con que implantamos el verso libre. Esta otra de la nueva sensibilidad no es, pues, su consecuencia, sino su negación".

Así, pues, no niega su postura de campeón del verso libre, y desde "Las montañas de oro" hasta los "Poemas solariegos" como tal se nos aparece, ya fraccionando el ritmo en grupos silábicos en combinación con el asonante, ya dando al consonante la misión de cortar frases no simétricas para convertirlas en versos. Pero la libertad para Lugones tenía sus límites bien delineados. No hay verso sin ritmo o sin rima; y esto parece tan esencial en la poesía moderna, que Lugones, para traducir a Homero, no se dió a forjar un tipo correspondiente a la prosodia del hexámetro: creyó encontrarlo en el alejandrino, y no por sus puros valores rítmicos, sino con el aditamento de la rima. No le convenían los ensayos hechos en Italia: los de Pascoli, por ejemplo, poeta por él tan bien conocido y estudiado.

Lugones no cree tampoco en la llamada por los italianos "poesía bárbara"; esto es, la que intenta reproducir los ritmos clásicos sin tener en cuenta la noción de cantidad, perdida para nosotros; la que con-

tando sílabas y distribuyendo acentos sugiere en lengua moderna aquello que percibe en la antigua nuestra deficiente lectura. Un gran poeta italiano, Josué Carducci, cuyo centenario se conmemora actualmente, fundó su gloria en la adopción de esos ritmos, más o menos intentada en otras lenguas de Europa; en Alemania singularmente (Klopstock, Platen, etcétera). No nos faltó a los españoles alguna tentativa. Sobre todo se conocen las de Villegas, que trajeron por consecuencia, desde el siglo XVI la admisión de la estrofa sáfica-dónica; pero no la del hexámetro, propuesto en una égloga llena de versos felices:

Seis veces el verde soto coronó su cabeza
de nardo, de amarillo trébol, de morada viola,
en tanto que el pecho frío de mi casta Licoris
al rayo del ruego mío deshizo su hielo.

Y no acreditó el hexámetro (es lo más probable) porque no logró labrar en él una obra maestra y la égloga, con todos sus quilates, no lo es, como lo es la oda sáfica de todos sabida:

Dulce vecino de la verde selva...

En la cual, por otra parte se da como vehículo principal de expresión el endecasílabo, verso legitimado en España desde Garcilaso, que lo empleó, con rima y sin ella; nada, pues, extraño ni menos todavía "bárbaro".

En Carducci tampoco deja de contarse como ritmo bárbaro el del endecasílabo, combinado con otros menores en estrofas regulares; ni aun el endecasílabo suelto por sí sólo, principalmente cuando se le hace terminar en esdrújulo. Esta forma, en italiano más frecuente y asequible que en español, priva en ciertas comedias anti-

El verso y la prosa

La libertad en el verso, es decir, su emancipación de las leyes rítmicas regulares, y por supuesto, de la rima, sigue un proceso muy largo. Desde luego nadie niega que existe un claro ritmo en la prosa; un ritmo no sujeto a pausas regulares, a cortes simétricos. Luego el abandono de esas pausas y esos cortes lleva indefectiblemente a la prosa. Este es el razonamiento que se deduce de toda la argumentación de Lugones, con el cual se encierra la cuestión en términos harto simples.

Ahora bien: es positivo que entre el verso y la prosa no se marca la frontera con un trazo rígido, como en las cartas geográficas. Recordemos las versiones bíblicas. Su prosa se muestra fragmentada en forma tal, que parece tender al verso. Hay, sin duda, en determinados pasajes — en los salmos, específicamente — lo que se llama paralelismo hebreo: una correspondencia conceptual, que marca un ritmo de pensamiento mejor que de palabra. Así se forma algo que no es verso; pero que si estrictamente es prosa, se organiza de suerte que ya no se llama prosa, sino versículo. Esta no es novedad discutible

guas, como en los prólogos de las del Ariosto:

Questa commedia ch'oggi recitatavi
Sara, se no'l sapete, è la Cassaria,
Ch'un'altra volta, già vent'anni passano,
Veder si fece sopra questi pulpiti;
Ed allora assai piacque a tutto il popolo.

Le ha faltado a la poesía bárbara en nuestra lengua un gran poeta como Caducci. No lo fué el áspero Cabanyes, muerto prematuramente, ni los que se han arriesgado después a experimentos métricos de tal índole han persistido en ellos, entregándoles lo mejor de sus inspiraciones. Nuestro verso libre se ha reducido a las formas de marcado sabor neoclásico, que consisten en el endecasílabo suelto, la estrofa sáfica y la variante de ésta que se llama estrofa de D. Francisco de la Torre:

Claros lumbres del cielo y ojos claros
del espantoso rostro de la noche;
corona clara, y clara Casiopea,
Andrómeda y Perseo..

Otros intentos lograron más modesta fortuna.

Es decir, que los triunfadores únicamente triunfaron por apartarse poco de lo admitido, por ceñirse a la estrofa, por apartarse en unas "silabas contadas". En Italia, Carducci hizo más. Buscó sus antecedentes nacionales en los siglos pasados, y si no halló entre ellos ningún gran poeta, su recolección no fué vana. Soltándose de cantilenas, sonetos y estrofilas como las del "Himno a Satanás", forjó ritmos más amplios, sin menudo recuento de sílabas, ateniéndose a una potencia rítmica con mucho de intuitivo, para cantar a la tercera Italia, a su revolución y a sus días, sin descartar la nota íntima, la evocación de vida diaria que asume en la oda arcaica, el hexámetro y el pentámetro, digno continente, capaz de emparejarse con el apóstrofe y la exaltación de las odas cíviles.

Pero no va contra nada de esto Lugones que es, con otros ideales y otra técnica, astro de la misma constelación. Las libertades que niega vienen más adelante. Allí le seguirá nuestro comentario.

ni achacable a ninguna "Musa a la moda".

No pretendo, sin embargo, deducir de aquí la legitimidad del verso liberado de rima y de ritmo regular. Aunque haya tenido su influjo, las letras modernas lo reciben por otros caminos. Digo las letras modernas y no especialmente las españolas porque ese verso no es privativo de las nuestras. Con lo cual ya tienen los nacionalistas otro argumento en contra: el de que procede de imitación extranjera.

Sería difícil encontrar cualquier ritmo de nuestra poesía que no tuviese antecedente en otra lengua; el octosílabo, el más popular, el que más frecuentemente ocurre en las agrupaciones fortuitas de nuestra prosa, el verso del Romancero y del teatro tiene su antecedente en el latín, con rima y todo; el endecasílabo, transplantado de Italia, donde ya florecía con todo esplendor cuando nuestros poetas lo empezaron a balbucear. Y así los demás metros; pero, entendámonos, no sólo en la poesía española, sino en la de todos los pueblos.

Para considerar aquella liberación como fantasía de moda o capricho imitati-

vo, sería necesario saber quién empezó. Veamos si es posible encontrar su genealogía.

Paul Claudel, cultivador en Francia de un amplio verso, que no aspira a reproducir el sentido de "cantidad" de la poesía antigua, dijo una vez, para dilucidar el significado de su forma poética, diferenciándola del "verso libre" francés, que éste se deriva del alejandrino y el versículo claudeliano de la prosa. De la prosa; es decir, que la prosa está en el origen como productora de algo que ya no es prosa.

El versículo de Claudel, unas veces con rima y otras sin ella — sin ella está en las "Cinco odas mayores", una de sus obras maestras, — no está en los orígenes de la moderna libertad, sino que es una de las insignes manifestaciones de ella. El origen, a mi modo de ver, se halla, por un lado, en la prosa de los poemas que Baudelaire compuso, sin pretender que su forma fuese distinta de la prosa, pero declarándolos como poemas: "Petits poemes en prose". Tampoco le faltan antecedentes en la prosa poemática (en grande) de Chateaubriand, o en los cuadros del "Gaspard de la Nuit", de Aloisius Bertrand, obra netamente romántica; ni, por supuesto, descendencia, en la misma forma de poema en prosa, por de pronto.

Otro libro llamado a ejercer gran influjo es el de Walt Whitman, "Leaves of Grass", cuya primera edición, acrecentada luego considerablemente, es de 1855. Y nadie desconoce la resonancia que tuvo entre todo lo de Nietzsche su gran libro poemático "Also sprach Zarathustra". Baudelaire, Whitman, Nietzsche, autores de obras poéticas de primer orden, liberadas del ritmo definido y de la rima, en prosa, en versículo, vienen a ser los primeros adalides modernos de una forma poética bien capacitada para recoger lo que la poesía regular, por cansancio, no de sus estructuras, siempre aptas para renovarse y siempre nuevas en manos de verdaderos artistas, sino del público, desorientado por las reputaciones oficiales y por la abundancia de mediana poesía que encuentra facilidades de publicación y disimula su nulidad con ciertos artificios pronto asimilables.

Esta es la situación en las últimas décadas del siglo pasado y en los comienzos del actual. Por entonces se discute en Madrid, y en pleno Ateneo, algo cuya enunciação parece humorística: "si la forma poética está llamada a desaparecer". El modernismo (llámense como quieran sus escuelas en los diversos países) trae la literatura a un plano en que ya cada nación no se desprende gustosa del contacto con las restantes: a un periodo, diríase, de internacionalismo patente. Se multiplican las traducciones, aun de poetas, y éstos, al perder su primitiva forma regular, producen, cuando la versión no conserva o imita esa forma, que es lo más frecuente, un nuevo tipo de verso sin rima, o si se quiere, de poesía en prosa.

Otra objeción contra las llamadas novedades puede salir de aquí: que muchas de las poesías nuevas parecen traducciones. Pero el que tal afirme mostrará sólo un apego a las formas tradicionales, contra el cual no hay argumento posible. Yo he visto traducciones italianas de Whitman en versos endecasílabos y poemitas en prosa

*Muy sabroso andar
con ropa limpia*

pero que huelga a limpio
y que esté suave y como
nueva, como la deja
EL MAGNIFICO

Jabón PALMERA

que viene siempre empaquetado

Y sus envolturas se cambian por VALIOSOS y UTILES

REGALOS

de Baudelaire puestos en verso castellano: en nada mejoraban los originales.

Por otra parte, la aparición de la nueva forma libre no niega la persistencia de la poesía regular. Muchos poetas cultivan por igual una y otra, y de los más modernos, alguno, como Paul Valéry, casi exclusivamente las formas de verso y estrofa definidas por Malherbe y Boileau. La forma libre trae a la poesía no un retroceso, sino un enriquecimiento, contra lo que afirma Lugones. En primer lugar, porque no deja anulada la poesía regular, como ya se dijo. En segundo lugar, porque sustrae a ésta ciertos temas, ciertos asuntos propios del tiempo áspero y duro que nos toca.

No se olvide que los versos no son la poesía, sino su vestidura: "su vestidura regia", dijo Zorrilla en aquel célebre discurso de ingreso en la Academia Española, no más poético, por estar escrito en verso, que elocuente, por ser discurso. Y hoy no esta-

mos para vestiduras regias, valga la metáfora de nuestro maravilloso y semiolvidado vate. Vestidura es también la prosa, y si los versos libres son algo, vestidura serán también, que sentará más o menos graciosamente al cuerpo ágil y fornido de la poesía de hoy. Tanto peor para el que se decida a adoptar esa vestidura si no le cae bien. Pero se reconocerá que un poeta no la toma para sí por mero capricho, pudiendo, a tan poca costa rimar, con todo primor y melodía. Antes, al aceptarla, renuncia a determinados efectos que conducen a rápida popularidad.

Ni se ha de creer que toda composición libre de ritmo y metro sea defendible, y menos aun, admisible como buena. El crítico no debe ser tan sólo guarda y custodio de unas reglas literarias, que son, si acaso resultado de observaciones hechas ante las obras insignes, y en ningún modo coercitivamente obligatorias; ha de saber si lo que el poeta hizo está de acuerdo con lo que quiso hacer, y si esto valía la pena de que se intentara. No es otra su misión, en cuanto a lo literario. Ni debe pensar que una gran obra escrita en esa forma libre, que ya no es prosa, que tampoco es aún verso, pero que es lo que quiso y se propuso ser, puede considerarse fracasada. Lo mejor sería añadir un capítulo al arte poética, ensancharla por su base, en lugar de enrarecerla, con las exigencias de un Banville, o encerrarla en un concepto de música, de cantable, como quiere Lugones. Concepto extremadamente peligroso, porque si, en efecto, la poesía en su origen es canto, nadie en la actualidad escribe sus versos para que se canten. No hagamos realidad demasiado literal lo que hoy es sólo metáfora. Pero no creamos tampoco que las nuevas formas de poesía excluyen el canto. Ello dependerá de la música que se le ponga, del acompañamiento que se le busque.

El rigor poético de Lugones es admirable... en Lugones. Su musa, quiéralo o no, va también a la moda. No a la moda que le hayan impuesto, sino a una moda de las que no pasan, porque es la traducción de su pensamiento íntimo, su vestidura, y otra cualquiera, la quizá menos bien. El verso sin ritmo y sin rima no puede considerarse tampoco, en sus aciertos, como una excepción. Toda poesía es excepcional.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

El poeta Ramón Guirao

Por MAX JIMENEZ

= Colaboración.—La Habana, marzo de 1936. =

Mi amigo, el poeta Ramón Guirao, podría ser príncipe o marinero. Tal vez en la poesía es príncipe y marinero. Ya sabemos que el poeta es una confluencia de aptitudes.

Yo creo que al escribir y dar los versos de un poeta, no se debería hablar de los versos; allí que el público reaccione, pero esa es la tragedia: el público no reacciona, y bogamos los poetas en una cruelísima incompreensión y pereza de lectores. Es muy natural, es más simple ver un muñeco que romperse la cabeza en las metáforas de un poeta moderno, que se ha pasado la vida puliéndose la sensibilidad.

La poesía de mi amigo se ha ido sentando en una metáfora mucho más precisa que cuando yo lo conocí, hará cosa de dos años. Creo que hace bien porque el pensamiento profundo bien puede ir con la poesía; yo creo además que es más varonil. Desde luego, Guirao tiene mucho de infantil. Sólo con las esperanzas de la niñez se puede obtener el optimismo para ser un poeta de minorías.

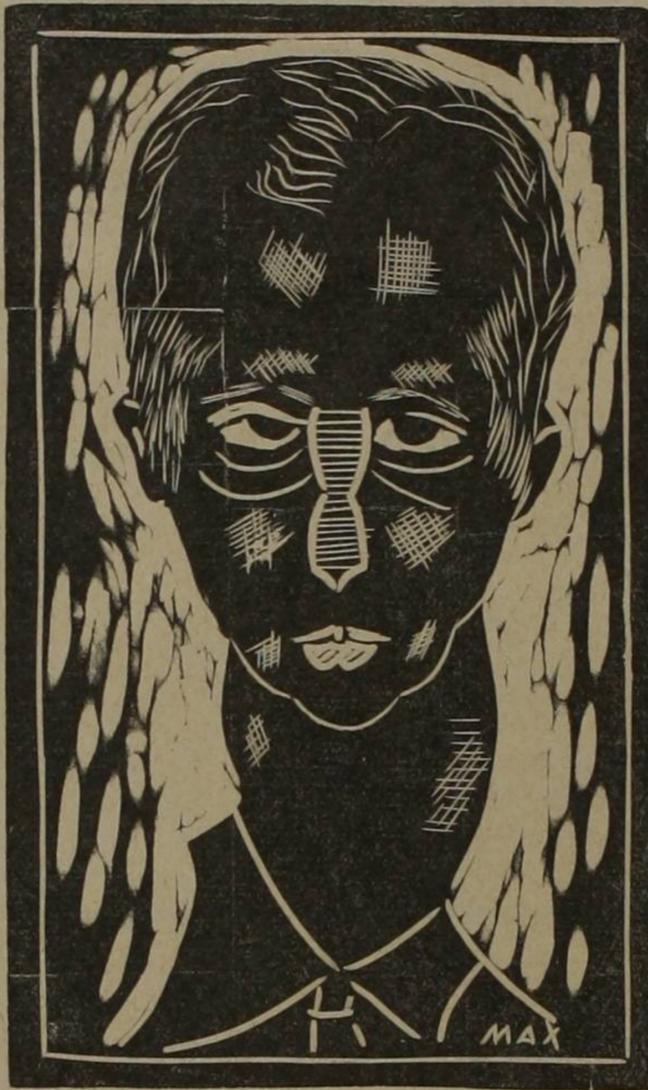
En sus poemas encontrarán los lectores bastante de peces. No es por eso que yo lo he llamado marínero, o tal vez esa sea la causa, pero Guirao no habla de los peces porque sea marínero; él habla de los peces por la muerte, porque los peces tienen siempre los ojos vivos, siempre abiertos, se mueren con los ojos abiertos, y los poetas viven de la muerte.

Guirao se ha pulido, él llama "gastar pestañas", leer mucho, ver muy hondo lo que han hecho los otros, compararse con los otros, superarlos.

Cuba tiene poetas, pero no de carácter

Salida de Montalvo. En el tomo I de sus *Páginas desconocidas*. Publicación de la «Revista de la Universidad de la Habana». Casa editora: CULTURAL, S. A. La Habana:

Mas el jesuitismo no le sirve (a García Moreno) sino para corromper y embrutecer a los pueblos, y de ningún modo para defenderse contra los que no pueden ser corrompidos ni embrutecidos. Desde Ciro, la política de los dueños de gentes es la corrupción y el embrutecimiento; pero dudo que este resorte les levanten y les pongan superiores a los que no han rendido el cuello al yugo de la tiranía, ni han prestado el alma para que el tirano escarabajee en ella.



Ramón Guirao

Madera de Max Jiménez

internacional es decir, de hablar castellano. Sus mejores poetas son regionales, Cuba y Africa. Desde luego, por lo local se puede llegar al mundo externo. Pero son más importantes: la vida, el amor y la

muerte, y no me parece que tales condiciones deban tener un idioma especialísimo; muy buenos poetas de idiomas locales se quedan estancados en el canto popular.

Por esta razón me parece importante y necesario el poeta Guirao para Cuba; este país así obtiene un poeta internacional. Los poetas locales no pueden afectar otros países, cuando esos otros países también tienen valor local. Mi país no tiene tradición negra ni india, por eso podría ser un buen espectador.

Bien podría decirseme: ¿pero por qué escribe usted sobre la poesía de Guirao, si lo que usted hace es bien distinto? La contestación es simple: "porque mi amigo es poeta, profundamente poeta". Los poetas deberíamos querernos, compadecernos, porque ser poeta es una desgracia. Ayer, con el pintor Carlos Fernández, observamos en el cine un personaje, una mujer que sin quererlo era arrastrada en un sin fin de desgracias, tampoco ella hacia mayor resistencia. Algo de eso le sucede al poeta. Al declararse poeta una persona empieza a descubrir tragedias en la vida; y al profundizarse, la vida empuña su látigo y tortura al poeta. Parece una venganza, parece que la vida fuera solamente para vivir, y que al querer meternos en sus secretos nos tortura.

Hace poco, un señor que me quería hacer un reportaje, me dijo: "Usted quiere que le pregunte o simplemente hago el reportaje". Yo cometí la tontera de decirle que me preguntara. Creía poder contestar. Los reportajes deben hacerlos las gentes que escriben para el público. El señor me preguntó, simplemente, que cuál era mi concepto sobre el arte; me quedé aterrado, toda mi vida me la he pasado buscándole motivos y razones al arte. En este caso mi amigo Guirao ha dado bastante que decir.

Solamente pido conciencia para leerlo.

Refiriéndose a García Moreno, en setiembre de 1871, dice Montalvo:

Del Perú salió algo mohino, es cierto, y sin ganas de volver por esas tierras; mas fué el pueblo quien lo echó a pedradas: el inocentón de Prado, el gobierno, le favoreció altamente, por haberse ofrecido a los españoles. Aquí encaja la palabra de Bolívar: No hay moral en América. El traidor que enseñó a los persas el sendero de las Termópilas, quedó condenado a muerte en todas las ciudades de la Grecia: ¿no es este el caso de García Moreno? Pero, no hay moral en América, ya lo dijo don Simón.

(Juan Montalvo: *Páginas desconocidas*, Tomo I).

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doc-
tor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

José María Chacón y Calvo

El peregrino de los archivos

Por LINO NOVÁS CALVO

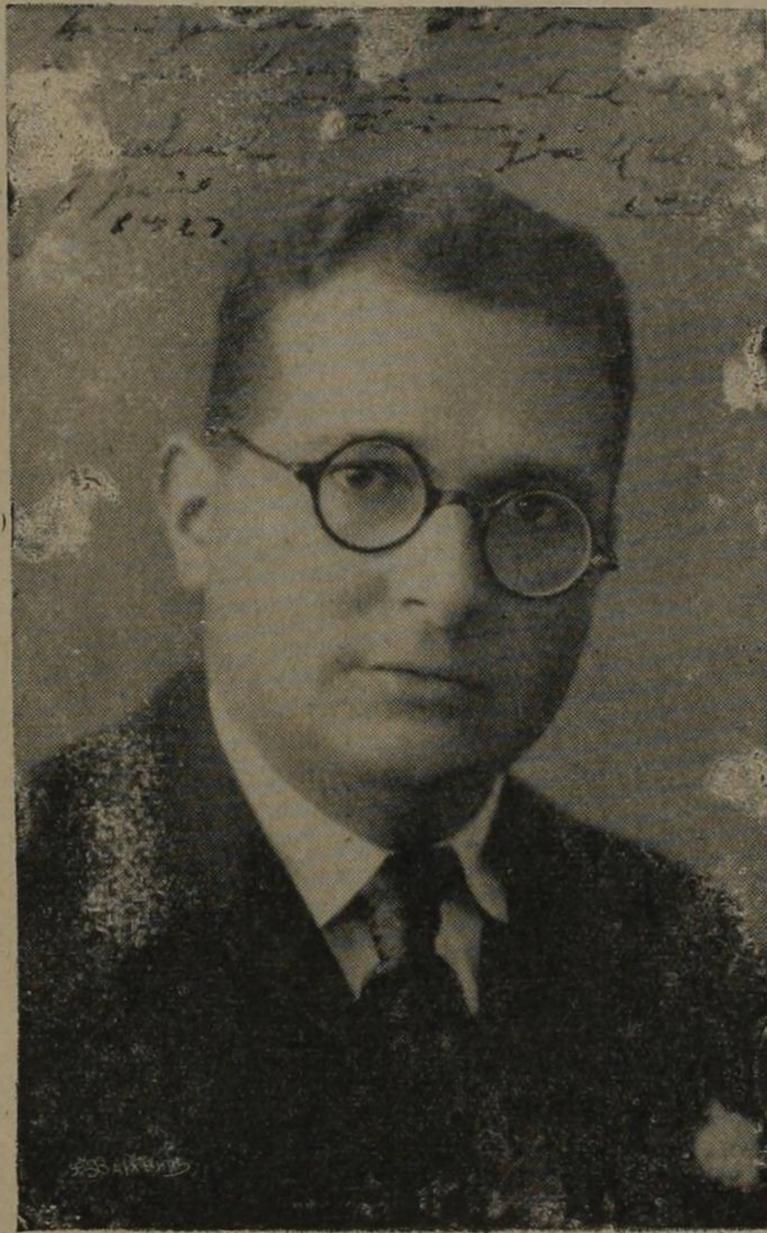
= Envío de Rafael Suárez Solís, Madrid, Diciembre de 1935. =

A lo largo de conocer a Chacón y Calvo se me han quedado en la memoria ocurrencias de su vida y de su obra que quisiera contar. Son cosas que se agarran a la memoria, la atormentan y le mandan a uno escribir. Yo no lo hubiera hecho, con todo, sino más bien hablar, a lo que salga. No me gusta escribir de los amigos, ni de los buenos.—Los santos no me interesan sino por sus pecados. A mí, y a todo el mundo, me fascina siempre más el ángel rebelde que el ángel bueno. Yo rara vez escribo por gusto sin que mi héroe sea algún endiablado: es la gente que hace la Historia.

Esta será una de esas raras veces. Chacón es un santo; lo creo firmemente. La primera vez lo conocí en una exposición de pintura extravagante. Yo acababa de publicar el primer poema, y me escapé de casa (la de un fabricante de gorras) para ir a ver. Ya me creía de la clase. Eramos los vanguardistas, los nuevos, los comunistas, los apristas. No se que rayos se habrá hecho de todo aquello. Cuba ha saltado en pedazos, y aun sigue saltando. Chacón fué allá, que estaba fuera. Recogió las cuartillas, se quitó el guardapolvo de investigador de Indias y Simancas, y volvió a Cuba. Ahora acaba de volver a España.

Es esto lo que me hace escribir sobre él. En aquella exposición los que entraban le llamaban con cariño parejero José María. Creo que hasta yo me sentí contagiado a cumplir el rito. No hallaba mejor tratamiento a mano. Don José... Señor Chacón... No me gustaban. Eran los tratamientos que tenía que dar a mis jefes en los barracones de la Habana vieja. Anduvo el tiempo, y un día, en Madrid, supe que Chacón tenía otro derecho a ser llamado. Era el Conde de Casa Bayona. Me costó trabajo a creerlo. Jamás había visto a un aristócrata, pero les odiaba sin verlos. Corrí a su casa y se lo dije: "Usted es un aristócrata", como si le dijera, usted es una mala persona, o un simulador, porque siempre ha fingido ser todo lo contrario. Chacón rió y me habló de San Francisco.

Ni aun aquello me hubiera necho escribir sobre él,—aunque me pareció cosa de decir. — Pero el tiempo volvió a correr, y no se perdió en él la franciscanidad. Un día se puso en marcha hacia Cuba, cuando humeaba aún la revolución de las bombas. Parecía increíble. Aquel hombre atlético



José María Chacón y Calvo

co y de ancho pecho se me figuraba un niño tímido, que jugaba con el saber de la Historia, la Literatura y el folklore. A los tibios, me dije los cazarán allí lo mismo que Lope de Aguirre a sus tibios. Los hermanos se habían vuelto contra los hermanos, los amigos formaban bandos contra los amigos, las novias fusilaban a los novios por amor político

Yo se lo decía a Chacón, pero en vano. Comprendí que no quería ver las cosas como eran, o yo creía que eran. No podía admitir, por dentro, que en su país ocurrieran cosas tan anticristianas. En el fondo presentía que se había roto algo de lo que liga y limita, y que los hombres y las mujeres se habían olvidado de reanudar los cabos de una tradición de amor y convivencia.

Así fué él, ciegamente, a la boca del lobo, y le llamó hermano. El hombre sin armas, ni odios, ni partidos, ni braveza, concilió la fiera. Un Gobierno militarista le encargó la Dirección General de Cultura, y con su palabra, ejemplo y amor atrajo a los hombres de

los cuatro puntos extremos y cardinales y en su Departamento se dieron la mano (aún cuando fuera se dieran de tiros), y hoy—cito una carta—hombres políticamente a mil leguas de su franciscanismo le dicen: "Muerto Varona, mi querido Chacón, es usted el conductor natural de la intelectualidad cubana. Todos le reconocemos como tal".

Esto es ya otra cosa. Ya se puede, y se debe, escribir sobre el hombre y el milagro, porque lo es que Chacón se haya atrevido a entrarse por la boca del horno y haya salido sin quemaduras en el cuerpo ni en el alma. Tan cristalino como antes. Quizá porque quemado ya lo estaba del sol por fuera, y de los odios estaba curado por dentro.

Quién sabe si su feliz ejemplo se malogre. Al fin tuvo que renunciar al cargo, y venirse otra vez a su España, a los archivos, y a las playas solitarias del Norte y del Sur de España. Pero cuando le despidieron en el Hotel Nacional de la Habana estaban presentes hombres de todos los fren-

tes, y todos le saludaron como el guía cultural de Cuba y de ellos.

Esto, cuando todos andan a la vez empeñados en una lucha feroz dentro de la cual nadie creería que hubiese campo para la cultura.

No es que yo tenga gran reverencia por la cultura. No escribo por eso. La cultura no es para escribir de ella: sino para hacerla, darla si se tiene, y darse a ella. Pero en lo de Chacón hay cosa novelable, y es lo que me interesa. Al principio él no rimaba conmigo. Había que empezar hablando de una casa señorial, allá en Santa María del Rosario. Yo no iba a ese pueblo sino como chófer, y no me gustaba. Luego leí los **Ensayos Sentimentales** de Chacón, y aquello era otra cosa. Era poesía limpia, armoniosa, cristalina, llena de un goce alegre, de una alegría franciscana, como él dice. Realmente cautivaba. Miró no ha escrito páginas más bellas. Allí está, como en **Hermanito Menor**, la claridad del alma, la pureza de sentimientos, la limpieza de corazón del hijo de aquel gran señor que "nunca tenía prisa por cobrar sus cuantiosos réditos".

Señor el último de una genealogía que empieza a dejar de ser española y a ser cubana a fines del siglo xvii. Don Francisco Chacón y Alvarez era ya separatista; su padre había sido sólo autonomista; su hijo José María Chacón se formó en aquella tradición que sólo varió en la forma, en el objeto de su dedicación que vino a ser Cuba; en todo lo demás, la familia Chacón conservó, íntegro, cuanto le habían legado sus antepasados los españoles.

Don Francisco Chacón hacía ya versos, periodismo y oratoria. Fué amigo de Martí, y colaboró, por tanto, a la Independencia. Pero esa era la vida pública. En la privada, permanecía inalterable la tradición familiar. José María se empapó de ella, la llevó en el alma y se la formó conforme a las más puras enseñanzas cristianas.

De aquí parte ya su humildad sabia y la pureza de su vida. Sólo que Chacón creció en el siglo en que renacieron los amores a la higiene, el sol, el aire, el deporte. Un día en que tuvo miedo de morir, porque estaba enfermo en una clínica, le oí decir: "He vivido toda la vida en una Edad Media deportiva: ésta sería mi última palabra".

La frase se ha hecho ya del dominio de todos allá, pero ella lo define. A mí me pareció que ha-

bía algo punzante en esta contradicción, como en otras suyas, sólo aparentes, y por eso me interesó saber más de su vida.

A él no le gusta reandar en cila. Está siempre ocupado por alguna emoción presente, aunque ésta se deba a un hallazgo en el indiferente General del Archivo de Indias. Un día se encontró en un archivo con otro José María Chacón que resultó ser su bisabuelo, y otro con el Marqués de Casa Calvo, último Gobernador español de la Luisiana que murió en la miseria por afrancesado.

Muy ligada está, pues, su familia a la historia colonial de España. Chacón ha consagrado gran parte de su vida al estudio de esa historia, en especial en lo que respecta a Cuba. De pequeño aprendió a jugar al tresillo con un tío que se llamaba Cadaval. Era un hombre ya viejo y casi ciego. Chacón tenía entonces 9 años y le leía pasajes de Calderón y de Cervantes.

El primero le gustaba más. Era más para recitar o leer en voz alta; pero Chacón tenía pésima memoria para los versos. Era el contenido, la emoción lo que únicamente le quedaba impreso. Toda su vida fué el hombre emocional. Por eso no hace sólo erudición, y cuando la hace, también hace arte.

Ha hecho muchas otras cosas. A mí me gustan en especial sus monografías y opúsculos interpretando el documento. Lo hace con amor y por amor a sus héroes y a los motivos. Hay uno, **El Documento y la Reconstrucción Histórica**, que es un poema. Nos muestra "como se incorpora el dato escueto del documento inédito y no aprovechado todavía a la historia que se está haciendo en un devenir sin término".

Pero ya digo que no sólo hace erudición. Por tradición debió de ser crítico (y también lo es, y ha estudiado bien los clásicos). Su padre lo era de teatro, y antes de los quince años Chacón temblaba ante Echegaray, atendía a **Locura de Amor**, de Tamayo y Eaus, se emocionaba con **El Vergonzoso en Palacio**, de Tirso, y le entusiasmaba enormemente la locura de Doña Juana, que era la Guerrero. "Pero ya desde niño comprendí que yo era un mal actor de mis propias emociones".

Una de las más fuertes y primeras constituye un secreto hasta hoy. Su madre no supo nunca que el niño (ocho años), se había pasado no sé cuánto tiempo encerrado en un cuarto desocupado que tenían en Guanabacoa rezando, hincadas las rodillas sobre granos de maíz y piedrecitas. Todavía no había hecho la primera comunión, ni leído sino los textos de Guiteras con que su madre le enseñaba en casa a leer. Fué una racha de prematuro es-

cepticismo que quiso atajar. Andando los años ocurrió que "la vanidad vino a él en lo mejor de la noche y rezó: "Señor, en mi soledad, en mi pobreza, en mi abandono siento Tu mirada profunda". Y ahuyentó también la vanidad.

La vida y la conducta de Chacón fascinan, y no sólo por su buena y sana naturaleza. Para mí es como un comunista sin dogma. Él os hablará con unción del copista campesino, de sus amigos los pastores y los marineros, de los humildes que laboran y padecen. Nadie ha impreso en él esta filosofía, sino su temperamento. Para ir a la escuela, de niño, tenía que cruzar la bahía en "ferry". Un día se encontró allí con un discípulo suyo, que se ganaba la vida limpiando botas fuera de las horas de clase. "No sé si después de aquel encuentro, habrá vuelto a la escuela,—me dice—pero yo no lo he olvidado nunca".

Nunca ha dejado él de sentir lo mismo hacia los otros. Quizá eso se llame piedad cristiana. Tema constante de sus trabajos y de su pensamiento son el Padre las Casas, el fraile Montesinos y otros de aquellos hombres humildes, austeros, sobrios, que no son cradores de leyendas negras ni blancas, sino la negación de ellas, pues que también ellos eran españoles. Antes de leer la **Historia de las Indias** había pasado por una experiencia que puso a prueba su ánimo. Era en las afueras de New York en enero de 1909. Chacón estaba allí en un colegio de internos. Las calles estaban alfombradas de nieve y eran blancas las copas de los árboles. El viento helaba el aliento y agrietaba los labios. Una noche, uno de sus compañeros llegó al dormitorio vacilante y se desplomó

sobre el lecho. Le habían dado cuarenta azotes y traía el cuerpo cubierto de cardenales. Chacón no podía sufrirlo. A la mañana, con diez centavos en el bolsillo, huyó del colegio. Ya sabía de la crueldad humana. Cuando se vió fuera, y vió el sol sobre él, en medio de la nieve, no pensó en las consecuencias. Era la alegría deportiva que borró de su alma todo sedimento de amargura. Luego pensó que el episodio era un caso aislado, y que era de esperar gente buena en el mundo.

Pronto lo olvidó todo. Ya de nuevo en la Habana, su profesor del Instituto, el "buen maestro, el de la voz suave y el tono familiar, Enrique Maza y Ledesma" descubrió en él la vocación y le alentó. Fué el maestro que más huella dejó en él. Fué quien le puso en comunicación con Menéndez y Pelayo. El primer libro de este autor que Chacón tuvo en la mano fué "nada menos que la **Historia de los Heterodoxos**" que le dejó el maestro al morir. Chacón empezó a leer con voracidad. Cuando llegó a la asignatura de Literatura Histórica se había leído ya las obras fundamentales.

Pero mejor no hablar de eso. De los 16 a los 18 años se dedicó a leer solo, en su casa solariega de Santa María del Rosario. Su padre había muerto y él terminó el bachillerato como un mal estudiante. No sabía expresarse en público. Era tímido y un tanto huraño. Sin embargo, se esforzó y llegó a dar hasta conferencias sobre **La Celestina**. Los estudiantes de la generación siguiente llamaron **filomáticos** (empollones) a los que como él querían ser algo más que candidatos a médicos o a abogados. Empezó a publicar. Se formó la Sociedad Filomática que quería hacer una revisión de

las letras cubanas. Chacón, el intelectual con raíces de patriota, estaba en su camino. Su estilo fué calificado de **inelegante**, pero ya entonces se le concedían méritos extraordinarios de investigador. A los 20 años se le decía uno de los primeros investigadores de América. Fernando Ortiz, otra de las grandes figuras del pensamiento cubano contemporáneo, se apresuró a reconocerlo.

Pero la vanidad no vino a él ya más nunca. En la Universidad conoció a sus otros maestros Enrique José Varona y González Lanuza. Aquellos hombres no sacrificaron jamás la vocación a la profesión. Lanuza era el más famoso abogado de una de las ciudades más ricas del mundo (1915). Chacón era ya abogado. Lanuza rodeado de magnates azucareros mandaba llamar a Chacón a su bufete para conocer su opinión sobre un libro que acababa de leer y que se titulaba **The Rise of the Epic Greek** de Gilbert Murray. Por más de una hora hablaron del libro, mientras los clientes esperaban impacientes, el desenredo de sus líos legales o ilegales. "Era una fuga del mundo todo aquello" dice Chacón.

La abogacía no le venía bien. Para su tesis de doctorado de Filosofía y Letras eligió por tema "Las Canciones gallego-portuguesas y las saudades de Bernardino Ribeiro". Ya el tema de la soledad iba siendo un motivo central en su vida. En la profesión no sabía distinguir entre el derecho en los libros y el derecho en la vida. Un día le llamó un abogado, padre de Francisco José Castellanos, y le dijo: "aquí tienes una bonita causa para empezar: hay cuatro procesados, cuatro posibles penas de muerte". Los cuatro estaban en la cárcel de Marianao: eran un negro, un blanco, un chino y un mestizo. No vieron con buenos ojos al abogadito mofletudo y de cara rosada y redonda. Mirando más lejos vieron sus gargantas en el garrote. Habían asesinado a caballos a un abacero; esta era la acusación, pero Chacón probó su inocencia y los sacó libres. Cuando se presentó en la cárcel con el mandamiento de libertad, los procesados no querían salir: no podían creer que fuera verdad. ¡Qué emoción penetrar en la cárcel y poner cuatro hombres en libertad! Luego le dieron un homenaje en un café. El condesito de Casa Bayona estaba ya entre el hampa, pero sólo pudo tomar unos flanes de leche. "Fué el principio y fin de mi carrera de abogado. Me horroricé del mundo de las prácticas del Derecho. En el curso de este proceso me enteré de cosas inauditas, Policía falaz, abogados malvados, leguleyismo infecundo..."

(Concluirá en la próxima entrega)

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184

APARTADO 338

EL BUFALO

50 vs. al Sur de la Cantina "El Cometa", San José

ORDENE SUS TRABAJOS A ESTA

ZAPATERIA

donde será bien atendido

ESPECIALIDAD EN CALZADO FINO

PRECIOS BAJOS

En la farsa de Buenos Aires, los estudiantes de Puerto Rico no hallarán el vocero que buscan

¡Cuidado con esos Gruening!

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y Abril de 1936. =

Los estudiantes puertorriqueños están pensando en llevar su acusación contra el imperialismo yanqui ante la proyectada conferencia inter-americana ideada por el segundo Roosevelt. En el mes de julio venidero tendrá el Departamento de Estado en pleno funcionamiento ese inter-americanismo. Cuenta con la aprobación unánime y efusiva de los 21 gobiernos que han dado respuestas a las epístolas presidenciales. Buenos Aires será el asiento de las discusiones y el estudiantado de Puerto Rico se siente atraído por Buenos Aires. Quiere acusar allí las fechorías del Departamento de Estado para que se enteren de la situación miserable en que ha sumido la maquinaria imperialista a aquel pueblo avasallado. Quiere despertar simpatías por ese pueblo y de seguro quiere que de la conferencia salga el acuerdo que devuelva a Puerto Rico su independencia.

La actitud del estudiantado es natural. No significa renacimiento de las posibles bondades libertadoras de la organización del segundo Roosevelt. Pero sí da a entender que esa conferencia le presentará la oportunidad de que los gobiernos panamericanizados ayuden en alguna forma a Puerto Rico. Lo que no sabemos es cómo hará ese estudiantado para encontrar quien le ponga el cascabel al gato. En una conferencia manejada por el propio Departamento de Estado no ha de haber estridencias. De antemano se pide armonía completa a las delegaciones. Esa armonía significa entendimiento con el Departamento de Estado. Si no hay que estar en desarmonía con el poder que ha llevado la batuta no pueden esperar los puertorriqueños que su queja contra el imperialismo yanqui tenga siquiera vocero. Las delegaciones llegarán instruidas a Buenos Aires para tratar nada más que aquellos asuntos convenidos en Washington con el Departamento de Estado. Fuera de ese programa de discusión no habrá punto que enturbie la paz de la conferencia inter-americana. El Departamento de Estado desea conseguir el pacto que garantice la paz en los veintidós países de su influencia. Obtenido ese pacto lo demás será secundario. La paz es necesaria para que el imperialismo yanqui fortalezca su penetración inter-americana. Con la paz no llega la nación europea ni asiática a disputarle el comercio, ni las industrias, ni las tierras, ni las aguas, ni las rutas aéreas y marítimas. La paz consolida las conquistas imperialistas y deja libres los caminos para ir apoderándose de lo que el tiempo exige.

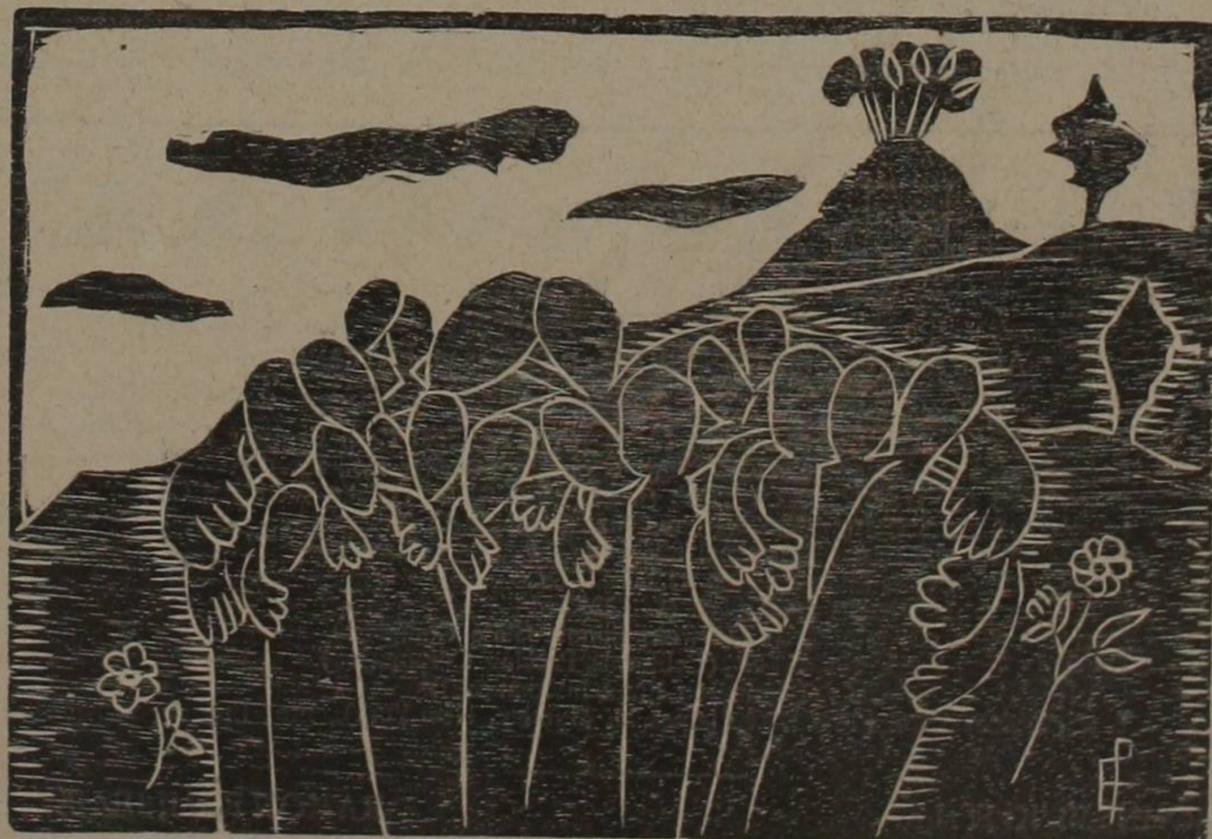
¿Cómo entonces esperan los estudiantes puertorriqueños hacer deliberar a las delegaciones próximas a reunirse en Buenos Aires? Sería necesario que se produjera un acto de insubordinación entre gente de la casta diplomática. Y esto es imposible. Para que algún vocero de estos gobiernos se resolviera a acoger la acusación puertorriqueña sería preciso que el dolor de aquel pueblo viril e inteligente mereciera el res-

peto continental. Y los gobiernos han sido indiferentes a ese dolor precisamente para no disgustar al Departamento de Estado. Lo que ocurre en Puerto Rico es conocido. Pero es tragedia que nace del vasallaje que allí ejerce brutalmente la maquinaria imperialista. Ese pueblo quiere salir de la losa que le ha echado encima la codicia brutal del Departamento de Estado imperialista. Y grita con grito sagrado. El imperialismo vacila y se vuelve más salvaje precisamente porque ese grito puertorriqueño lo enloquece. Treinta años ha estado tratando de colonizar a un pueblo y al cabo de ellos hace balance y se sorprende de que habiéndole arrebatado el suelo, de que habiéndole supeditado la escuela y la universidad a panes de descastamiento, de que habiéndolo ordenado con unas milicias crueles y toscas, de que habiéndolo vuelto su tributario, ese pueblo sigue vivo y sin domar. El balance enloquece al Departamento de Estado imperialista. Y entonces intensifica la persecución y establece la matanza como sistema de gobierno.

La conferencia inter-americana ideada por el segundo Roosevelt lucirá su pompa en los días en que Puerto Rico hace grandes esfuerzos por hacer pensar a estos pueblos en su condición desventurada de vasallo del Departamento de Estado que dirige la política inter-americana preconizada por el Presidente de los fariseísmos. Y sin embargo, para Puerto Rico no habrá justicia. El estudiantado reunirá en documento iluminado los cargos más severos contra el imperialismo yanqui, pero si espera que por espíritu de humanidad siquiera sea acogido ese documento en Buenos Aires, jamás conocerán estos pueblos la verdad acerca de la penetración de ese

funesto imperialismo en una de sus posesiones insulares. Allí no se desentendrá. Sepa esto Puerto Rico. Y no cometa el estudiantado el error de ir a mendigar vocero para su queja. Esa queja tiene que hallar voceros en otros sitios, ni oficiales ni oficializados. Hay que ponerla en la conciencia de todo buen hijo de esta América nuestra. Lo que el puertorriqueño tenga que decir debe decirlo por nosotros. De nuestros labios saldrá la protesta contra el brutal imperialismo que lo trata con crueldad no igualada para acobardarlo y matarle su alma en donde viven todas las rebeldías que enloquecen al Departamento de Estado. En el buen hijo de América no existe el miedo ni el respeto por el imperialismo. Del buen hijo de América sale la condenación del imperialismo y la denuncia franca de sus métodos farisaicos de conquista. Espere de este rumbo su defensa nada más. Pero no la confíe a nada que pudra la codicia del Departamento de Estado.

¿Se acuerda Puerto Rico de aquel Ernest Gruening tan parado para cararear su anti-imperialismo, tan preocupado por la suerte de estos países? Pues ese Mr. Gruening al servicio hoy del Departamento de Estado imperialista es el enemigo más peligroso de Puerto Rico. Más peligroso porque tiene mando, porque el segundo Roosevelt adivinó que podía aprovechar sus conocimientos de la geografía de estos países que él había defendido, y lo contrató dándole puesto en el Departamento de Estado. Desde ese puesto (Jefe de la División de Territorios y Posesiones insulares) condena a Puerto Rico porque Puerto Rico por medio de sus jóvenes mató al tirano Francis Riggs. Y Gruening sabe lo que hacen los caporales yanquis y yanquizados en estos países. Lo sabe porque los denunció y acusó las fechorías de esa canal'a. Su prestigio como escritor lo hizo precisamente informándose de lo que los ejecutores del imperialismo yanqui hacían fuera de los Estados Unidos. Se informó y muchas veces clavó duro la banderilla contra los toros de toro del Departamento de Estado. Por eso no se explica que hoy al conocer la



«Amamos los unos a los otros»

Madera de Emilia Prieto

pensos a la cólera y la ira; se hallan siempre dispuestos a dejarse llevar de la pasión, incapaces de dominar la furia... La juventud es ávida de superioridad... Sus faltas provienen de que hacen más y con más vehemencia de lo que fuera conveniente, pues son exagerados en todo, en la amistad como en el odio, y así en los demás sentimientos".

Si cuatrocientos años antes de Jesucristo la juventud era así —como hoy—, nadie podría razonablemente llamarse a engaño, como no fuera el dulce Jesús —que también pudo montar en cólera—, pues tan poco han aprovechado los humanos el ejemplo de su habitual mansedumbre (esto quizá nos llevara a sacar las cosas de quicio, que tan desquiciadas están ya.) Pretendíamos recordar que la juventud ha sido siempre un poco exagerada, según condición de la edad, y dada a desarmonía pasajera con las generaciones precedentes. El bueno de Ernesto Legouvé lo denunciaba compungido hace un siglo: "Hoy, los hijos y los padres no están de acuerdo apenas en nada. En política, en filosofía, en literatura, en religión, el desentimiento entre ellos es completo y manifiesto".

También son hoy comunes estas divergencias familiares: al sensato padre conservador le sale un hijo comunista... o al contrario. Pero es más general en nuestros días el influjo del hogar sobre los muchachos conforme a leyes de imitación cumplidas en forma estridente. No seamos desmemoriadas las personas maduras: nosotros hemos llamado a los jóvenes una y muchas veces, siempre que los hemos necesitado. Recordemos las palabras del ministro francés de Jouvenel a los estudiantes de todo el mundo congregados en 1928: "Saber no sólo las cosas, no sólo los libros, los poetas, las historias, las ciencias; conocer al hombre, los países, por qué un pueblo piensa como piensa, siente como siente, sufre como sufre, reacciona según lo hace ante los gestos y hechos de fuera; tal es el empeño que os aguarda". Y no seamos tampoco desagradecidos los españoles que sufrimos la Dictadura —en la que lo mejor era el dictador— cuando los estudiantes ayudaron a librarnos de la opresión indigna.

La juventud, aunque nos moleste, suele saber su papel y representarlo sinceramente mejor que las otras edades duchos, cautas y experimentadas. Si no lo advertimos siempre y reaccionamos contra los jóvenes, es porque suele ocurrir que mezclados con ellos o en el primer término actúe, suplantando la representación auténtica, el "señorito satisfecho", así crismado por Ortega y Gasset: "es un hombre que ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana". Por fortuna, ese señorito, que ha encontrado al nacer la mesa bien abastecida, comienza a estar en minoría. En los últimos sucesos estudiantiles, el señorito —aspirante acaso a político ventajista— ha llegado hasta el atropello de la autoridad académica y de la encanecida autoridad de los años, siempre respetada, ante la repulsa o el apartamiento censorio de los compañeros de estudios, que ya ven claro.

Tomemos nota optimista. A la liquidación del señoritismo —quedan aquí y allá unos saldos— empieza a seguir una disposición juvenil que se da cuenta. Esas bibliotecas, esos laboratorios llenos de muchachos, mientras otros muchos aguardan a la puerta,

dicen una canción de esperanzas. El señorito satisfecho quería pelea, fiado su dominar por las artes buenas o malas, esto

La bailarina

= Colaboración. Ilustración del autor. La Habana, marzo de 1936. =



*Sangre de caballo muerto
¿Cuántas arenas manchadas?
Tatuaje de Cristo en Puerto
¿Cómo mugen las espadas!*

*¿Quién inyectó tantas penas
en el azul de tus venas?*

*¿Qué puñales en tus manos?
¿Cuál cuerno que embiste a Dios?
Raíces de los pantanos
¿cómo se grita sin voz!*

*¿Quién inyectó tantas penas
en el azul de tus venas?*

*¿Cuántas heridas tu ceño?
Escándalo sobre el ojo.
¿Cuál domador, cuál tu dueño
te hizo bailar sobre el rojo?*

*¿Quién inyectó tantas penas
en el azul de tus venas?*

*¿Cuántas serpientes aplastas?
¿Cuál silbar de los venenos?
¿Cuál cascabel en las astas?
¿Cuál terremoto tus senos?*

*¿Quién inyectó tantas penas
en el azul de tus venas?*

*¿Cuántos son los hijos muertos
en el ritmo de tus danzas?
Geranio de los desiertos
fué un loco creador de andanzas.*

*¿Quién inyectó tantas penas
en el azul de tus venas...?*

generalmente. Los jóvenes del hoy que mira al mañana admiten la lucha sana de la competencia, cada hora más fuerte en las profesiones liberales y en los mismos oficios. Pelea y lucha no son términos cambiables. La lucha puede, y hasta debe, engendrar el entusiasmo o ser animada por éste; condición entrañadamente juvenil. Malos días aguardan a los muchachos que no alcancen a ver las cosas así. Los mejor situados hasta ahora, por ley de privilegio, sienten la presión de los nuevos concurrentes. Al redimir los brazos, la máquina pone en marcha las inteligencias capaces de superar el esfuerzo muscular. Y el libro de la biblioteca popular y de la edición barata abre el abanico de las posibilidades ante los ojos relucientes de curiosidad. Cada uno en las muchedumbres de jóvenes comienza a buscar lo que le interesa —técnico o social— y a saber de ello tanto como otro aunque éste haya pasado por las Escuelas superiores. Ya no se adquiere la total ventaja con unas monedas en las taquillas académicas, y la vida es como aula máxima —¿vuelve el ágora?— donde todos siguiesen, casi indifrenciadamente, los afanes solidarios. (Quizá, lector, la pluma se haya deslizado un tanto.)

No debemos, por todo esto, escandalizarnos demasiado con lo que sucede entre los jóvenes, pues siempre ha ocurrido parecidamente. La juventud ha sido igual la una a la otra en los tiempos sucesivos. Si acaso, el cambio se ha operado en las personas mayores y en la relación con ella. Del juramento de los efebos—"Obedeceré las órdenes que la prudencia de los magistrados acierte a darme. Estaré sometido a las leyes, a las que ahora están en vigor y a las que el pueblo establezca. Si alguien quisiera derribar estas leyes o desobedecerlas no lo sufriré, sino que combatiré en favor de ellas, solo y con todos"—a las promesas de las juventudes hitleristas y fascistas hay gran distancia, en descenso que se precipita al abismo.

¿Si dejáramos tranquilos a los muchachos! Ya los perturbamos no poco haciéndolos licenciados y doctores a los veinte o veintidós años. Archinatural que los pobres quieran figurar de personas maduras. Luego, algo tarde, pretenderán ganar el tiempo mal empleado y llenarlo de alegría, como aquel francés que al volver a su patria sólo encontraba jóvenes de cuarenta años arriba.

Importa que los jóvenes lo sean a su edad; lo que no significa un propósito —inútil— de apartarlos de las nobles preocupaciones colectivas. Megan Lloyd George, la hija del famoso político, nos dejó una frase aprovechable de sus campañas juveniles: "Tenemos entusiasmo sin experiencia; pero somos metal puro. Colocadlo en el crisol y podréis extraer un valioso espíritu". (Sólo que Megan ha preferido meterse a ventera —deliciosa posada—, con su sonrisa de lince burlón, en frondoso paraje de la verde Inglaterra.) Ese crisol puede ser también el de la política si los muchachos pudieran responder al anhelo, un poco exigente de Spránger: "lo que la generación joven tiene que dar a la realidad política es un nuevo "ethos" político, madurado en secreto e impregnado paulatinamente de ciencia y voluntad políticas".

¿No es pedirles demasiado?

Max Jiménez

El mito de la selva adusta de la tragedia americana

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= Envío del autor.—Santiago de Chile, Febrero de 1936. =

Cuando apareció "La Vorágine", no hubo quien no dijera que esa era la más exacta interpretación de la selva americana. Sin embargo, lo mismo se aseveró cuando se publicó "Canaán". El colombiano y el brasileño incidían en el mismo tema y en la misma región: el caucho y la selva amazónica. Y sus acentos son dispares.

Se argüirá que cada escritor tiene su punto de vista. Y así es, por cierto. Pero, entonces, no cabe hablar de "exactas interpretaciones" ya que, por contera, el glosador ignora lo que el artista pinta y su juicio resulta no de otra cosa que de su prejuicio para imaginar un panorama y un asunto.

Rivera fué un temperamento esencialmente clasicista en la forma, y romántico en la inspiración. Por eso poseyó esa curiosa mezcla de grandilocuencia y sobriedad. Sus adjetivos eran epítetos, como los de Guillermo Valencia, su compatriota y acaso su modelo; pero el epíteto nadaba entre un mar de palabras sonoras que traducían sentimientos también ganosos de ecos. "La Vorágine" logró no ser un sonetario en prosa, como "Tierra de Promisión" porque la tierra brava del oriente sudamericano no admite transacciones con la declamación. La selva amazónica dictó su obra a Rivera, hombre lento, contemplativo, cauto, de ojos aterciopelados, bigotillo sedoso, gran estatura y ánimo chico, modales untuosos, voz tácita, color moreno y nostalgia aguda, a quien la aventura lanzó por los vericuetos de la "montaña".

Graca Aranha poseyó otras características. Hombre viajado y parco, hasta donde lo permiten el café, las cariocas y el sol brasileño, escarbó "planificadamente" en el problema de la colonización de la selva de su país. No lo arrastró a él el embrujo de la maraña tropical. Su exhuberancia humana pudo más que la exhuberancia vegetal del Amazonas. Y así nació "Canaán", retazo humano en el que los árboles gigantes no dictan leyes, sino que cumplen la voluntad del machete.

A través de todo aquello, y de otras versiones más o menos facundiosas, amaneció para muchos turistas de América y sus libros, la emoción de la selva cruel, patética, sanguinaria. Nació el dicho que algunos atentos a lecturas del "Times", "Le Petit Parisien" y "New York Times", suelen enunciar: la novela americana es demasiado rígida, adusta, como su naturaleza. Y yo nunca hice otra cosa que negar. No por vergüenza a la verdad sino porque esa no es toda la verdad, y porque, además, el glosador no debe limitarse a los resultados, sino que está en la obligación de indagar las causas.

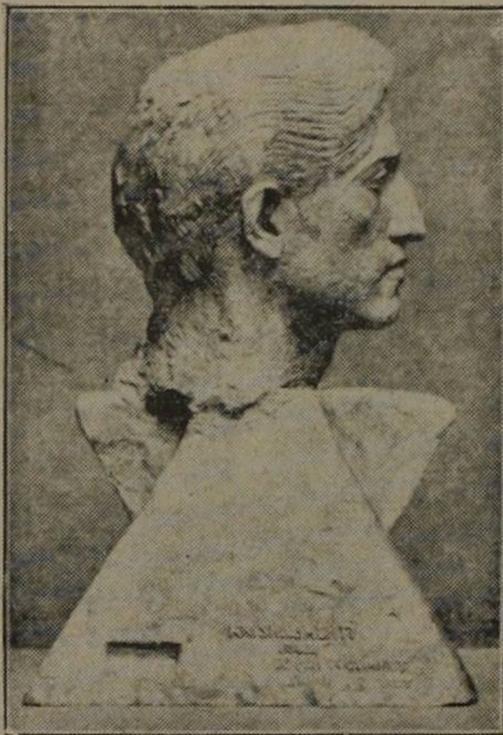
Alguna vez, en mis andanzas, me interné por los vericuetos de la selva. No niego que la manigua ejerce un atractivo prodigioso, y que subyuga, pero, frente a la crueldad del hombre, la alegría del turpial y la inconsciencia del mono, el parloteo del pagayo y la sonrisa de los arroyos y correnteras, son notas de fresco optimismo. El agobio del sol se atenúa en los esteros sombreados por gigantes árboles. Las lianas

esconden serpientes pero regalan blandura de alfombra a los pies fatigados. Y el verde claro u oscuro del ambiente, no tiene la monotonía del azul permanente de ciertos sectores de los Andes, en donde se conjuga el blanco y el cobalto como únicos matices.

La leyenda de la tragedia se atenúa, entonces, y uno comprende que la desventaja publicitaria de la selva consisten en que en ella todo es violento por ser aislado, mien-

Krishnamurti

= Envío de la autora. Nueva York, marzo de 1936 =



(Cabeza de Bourdelle)

*No sé si te soñé o si algún día
te vislumbré en la rima de un soneto;
sin saber tu existencia, ya mi inquieto
anhelo de verdad, te presentía.*

*Acaso sin saberlo, yo tenía
tu amor dentro de mí, como un secreto.
Aun no te había visto y tu amuleto
contra el mundano amor me protegía.*

*Y al verte, antes de oírte, con certeza,
el timbre de tu voz ya conocía,
y aun antes de escuchar tu Gran Promesa,*

*la dulce convicción llegó a mi mente
de que ahora, después, y eternamente,
mi errante corazón te adoraría.*

*Y he de ser átomo quizá en tu mundo,
detalle apenas en tu gran paisaje,
y mirarás del mar lo que es profundo,
sin fijarte en la gota entre el oleaje.*

*Y he de ser nube quizás en tu cielo,
hilo en la malla del celeste encaje,
y cruzará todo el azul tu vuelo
sin apegarte a un mísero celaje.*

*Y como a tanta cosa en tus confines,
me mirarás sin verme en tu sendero.
Mas como así ha de ser para tus fines*

*de perfección universal, yo quiero
ser un lirio fragante en tus jardines
o en tu noche infinita, algún lucero.*

Alma Fiori

New York, Primavera de 1935

tras que en el llano, en la cordillera, junto al mar, subsiste la misma violencia, pero embozada y múltiple, lo cual da a la crueldad física los atributos de la opresión social. Y esta diferencia es la que suscita engaños y desorienta a las gentes. Y, sobre todo, a esa otra clase de gentes que son los críticos literarios cuando no han oteado otros horizontes que los de las pistas de asfalto, aquí, allá o acullá.

Sin ir muy lejos, no pocos han calificado a la entretenida novela de Diómedes de Pereyra —"El vallé del sol"— como una típica expresión de la selva. Sin embargo, mirándolo bien, resulta que es una expresión de la fiebre amazónica, tal como un hombre con 40° C. de temperatura es siempre un hombre, pero un hombre anormal, hiperrofiado de mente y de sensibilidad. El cotejo entre sólo "El Valle del Sol" y "La Vorágine", indica a qué extremada posición puede llevar el deslumbramiento, porque sus páginas revelan una actitud de azoro, de descubrimiento, de hallazgo. Nada de familiaridad.

Y sin embargo, en la tragedia montañesa, en el drama tropical de la jungla, existen, como en todo drama humano, pastorales e idilios, que sin caer en la blandura melodramática de "Pablo y Virginia" poseen categoría humana y dan su risa al viento, apesar de que el dolor está presente y no se emboza.

Ultimamente, apareció "La serpiente de oro" por Ciro Alegría. Naturalmente ha sido comparada esta novela —que obtuvo un premio de concurso en Santiago— con "La Vorágine" a la que se parece por la misma razón por la cual Paul Whiteman se parece a Joe Louis: ser hombres y tratar de ganar dinero, el uno con sinfonías de Harlem y el otro con sus puños de Harlem. A través de las páginas de Alegría se me ha aparecido evidéntísima la urdimbre de las novelas de la selva americana, y el aparatoso atuendo de tragedia con que ojos románticos y superficiales, han querido revestir una tragedia que se basta a sí misma porque es tragedia humana.

Ya saben todos los que se interesan en cuestiones literarias que Ciro Alegría es un joven peruano, de filiación política aprista, de estado social, desterrado; de profesión, escritor; de actitud, beligerante y soñadora. Sus veinticuatro años, signados ya con largas prisiones y persecuciones "en defensa de la Justicia", han desembocado en esta novela, cuyos defectos son nada ante sus grandes cualidades, porque aquellos son fruto de sus pocos años y los segundos son dignos de más copiosa experiencia y edad.

Alegría vivió largo tiempo en el ambiente de su novela, en la "ceja de montaña" regada por el Maraón. Fué protagonista de sus dramas y participó en sus festividades. De todo lo cual arrancó los tipos, relatos y trama de su "La serpiente de oro", que es la verdadera protagonista de su libro, en el cual el río Maraón dicta su ley inexorable.

"La serpiente de oro" enfoca la selva, pero desde un ángulo distinto. Acá no hay tremor buscado, sino levedad vital. Las cosas vienen solas, como la noche y el día; y los personajes actúan con la inconexión y la espontaneidad de los monos que se columpian en las ramas, listos a zarpar a una rama que puede ser la más distante de la que escogieron, porque la escogitación supone otros elementos. No escasea el drama

ni está ausente la adustez que toda vida de lucha y trabajo encierran, dentro de una sociedad regida por la explotación y el despotismo. Pero, a qué poner gestos hoscos, si el drama no se resuelve con fruncimientos pesimistas sino con penetración clarividente, con luminosidad vital!

La selva es así. Y América también. Si fuésemos hombres propicios al encogimiento y la torvedad, nuestra literatura sería

una incesante proclama, y explicable y hasta merecida. Pero no es tal. Salvo tal cual insistencia desmesurada de la novelística ecuatoriana, la literatura americana posee un acento viril, que no es lo mismo que decirlo torvo. Lo viril no puede esquivar rigideces y bronquedades, pero posee una gracia única y una elasticidad alegre. Flexibilidad y vigor de serpiente: de "Serpiente de oro".

nes; el nombre de dichoso corresponde con más razón al que sabe hacer buen uso de los presentes de los dioses y aguanta con valor los rigores de la pobreza, al que teme más a la indignidad que a la muerte y no vacila en dar la vida por su patria y sus amigos.

**Non ille pro caris amicis
aut patria timidus perire.**

Y pues se habla de amigos, glosen los nuestros, más jóvenes que nosotros y más asistidos de ímpetu el canto "Carmen seculare" en honor de Apolo y de Diana, en que se impetra la prosperidad del emperador y del Imperio.

Somos sensibles como siempre al "Jam mariterraque manus potentes", etc...

En muchas mentes claras cobra sentido nuevo aquel "Ya su brazo terrible, tan poderoso por mar como por tierra, hace estremecerse al Parto y se enseña a respetar las hachas romanas".

¿Cómo nuestro Horacio no ha de ser el que festeja en epodos resonantes la victoria de Octavio sobre Sexto Pompeyo y repudia en Cleopatra la languidez de Oriente? ¿Cómo no ha de ser el que dijo "Gracias a ti el buey recorre en paz las praderas, Ceres y la abundancia fecundan nuestros campos, los navíos vuelan sobre los mares pacificados, el honor se alarma hasta de una sospecha"?

Pero hoy basten a nuestra memoria algunos versos sobre la amistad, que es tema que Horacio trata una y otra vez recomplacientemente.

En los días del bimilenario de Horacio

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

= De El Sol, Madrid. =

Partía en junio desde aquí un elogio hacia Lorenzo Riber por su glosa catalana al latín de la "Epístola séptima", de Horacio. "La amistad canta en ella — le dijimos — con acentos que usted traslada patriciamente a su idioma. ¡La amistad! Que es un principio y un vínculo celeste lo dicen con palabras no distintas el Poliziano del "Orfeo" y el Montaigne de los mensajes a La Boétie. Ella no es todavía, Riber, sino para pocos, y escoge aún entre la preza de esos pocos, que no siempre fundan linaje."

Sólo entre hombres a quienes el saber sitúa en todos los países y en todos los tiempos que la historia juzga habitables reina la amistad. Hemos cantado los límites, y decimos que el beso en las cadenas es el que las hace saltar.

La amistad, empero, gusta de recorrer horizontes y de mirar más alto cada vez, y cada vez más lejos. Es bueno encadenarse, pero nunca a la circunstancia, que, nacida apenas, ha muerto. Dos amigos, cuando parten, son grandes señores por encima de las cosas. No es menester siquiera — no lo es siempre al menos — que dialoguen para entregarse el alma. El pudor vigila y el "animum equum" horaciano, el corazón razonable, acompaña la confianza. Pero además les basta una reflexión o un aforismo o una referencia para ver la propia intimidad a sus pies. Se otea desde la altura el paisaje moral, que es el fondo de nuestras vidas. Se avizora así, desde la eminencia, todo el campo de nuestro anhelo. Allí... Y la pasión, que es palabra, va reprimiendo, se convierte en teoría.

Desconoce la amistad quien no la sitúa sobre su destino. La desconoce quien la aleja para su medro. Horacio, en más de una epístola a Mecenas, le está pidiendo a la amistad dones excelsos. En la epístola séptima del libro primero que Riber glosaba, nuestro poeta pone sobre la protección que recibe la dignidad en la alternativa amistosa. El había dicho en la sátira V del libro primero:

Nil ego contulerim jocunda sanus amico.

Y lo había dicho detrás de versos en que la resonancia onomástica nos puebla el oído de ecos, de voces amadas.

Plotius et Varius Sinuessa Virgiliusque.

("Plotius, Varius, Virgilio, los corazones más puros que haya conducido la tierra, los hombres a quienes estoy más estrechamente ligado", etc.)

Estos nombres y otros de amigos quedan grabados en el monumento que Horacio erige con su obra, y que según el verso primero de la Oda XXIV, ha de ser más durable que el bronce y de más altura que la regia fábrica de las Pirámides.

Regalique situ pyramidum altius.

Para sí y para sus amigos ansía Horacio una fama resistente, en la que los años se quiebren como olas del tiempo en juegos de espuma.

En la Oda VII del libro IV, "Ad Marcium Censorinum" canta Horacio: "Copas cinceladas, bronce labrados daría yo con gusto a mis amigos, ¡oh amado Censorino! Daría aquellos tripodes que entre los griegos eran la recompensa del valor".

Advertía Riber que es en la epístola VII del libro primero cuando Horacio ataja la impaciencia vidriosa de su protector. Cuando Cayo Clinio, a quien la largueza horada la mano como cumple a su abolengo, trasfiere a Horacio una quinta. El poeta no sabe cómo darle las gracias.

"Se va — a fines de julio escribíamos — al campo para cinco días, según promete a su protector; pero el campo es ya para el poeta propiedad y no paisaje, y en el delirio de poseer olvida la noción del tiempo. Como deja que agosto vaya quemando uno a uno sus días, Mecenas insinúa a Horacio que esperaba de él gratitud más diligente. A esta insinuación responde la epístola séptima, que, como usted, Lorenzo Riber, escribe, es una maravilla de habilidad y de tacto. Traduce usted por cierto al catalán algunos versos de la carta y vierte en el del latín, como de una copa a otra copa, la música embriagante de números y cadencias".

No cambia Horacio, y se lo advierte a Mecenas, su libertad por las tierras de Arabia. — "Nec otia divitiis arabum liberrima muto".—Y este grito a la sordina nos aligera hasta los lectores de la epístola del agobio de una protección que se muestra demasiado. "Hemos de confesar — dice usted — que los poetas de las promociones siguientes, y sobre todo Ovidio y nuestro Marcial, que vivirá por sus sales, pero no por el incienso vil que quemó en las aras de Domiciano, no sabrán imitar este ejemplo lleno de dignidad".

Es quizá en los versos finales de la Oda VIII del libro IV a Marco Lolio, tan vivamente horacianos, donde el culto a la amistad reta a la muerte misma.

"No llames dichoso — le dice Horacio a Marco Lolio — al que posee muchos bie-

Tintorería GADI

de VICTOR CORDERO

Situada en el costado norte del Parque Central. — Bajos del Teatro Raventos



La única en el país que hace un trabajo duradero en teñidas de calzado.

Gran existencia de calzado para niños en diferentes estilos y tamaños. Garantiza siempre el trabajo.

TORNERIA ELECTRICA

DE

J. E. VALVERDE e HIJOS Sucs.

Calle 12 Norte — Avenida 3ª Bis

TELEFONO 4052

SAN JOSÉ, COSTA RICA, A. C.

TRABAJOS ARTISTICOS CON LAS MAS FINAS MADERAS DE COSTA RICA

SOUVENIRS

Bastones, Artículos de Escritorio, Cajas para Cigarrillos, Ceniceros, Prensa Libros, Polveras, Floreros, Fruteros, Trofeos para Deportes, Gran Variedad de Artículos.

COMPRE EN LA FABRICA Y OBTIENE MEJORES PRECIOS

Cómo conocí a André Malraux

Por MARIA TERESA LEON

= De Todo. México, D. F. =

Los franceses no tienen de la guerra el mismo pensamiento que los alemanes. El niño alemán juega a matar niños franceses con sus puños desarrollados por la gimnasia, y el niño francés se conforma con repetir la palabra **boche**, que oyó a su tío excombatiente y tal vez **Croix de Feu**. Son dos odios distintos. Francia tiene en este momento, dentro de su geografía metropolitana, muchos millones de hombres que se niegan a odiar: es una posición de conciencia. Sus escritores más preciados dan la pauta. Antes, cuando el ciudadano francés apenas si retiraba sus pantuflas del fuego para viajar, el viaje era una aspiración interesante, una postura literaria.—“Mon enfant, ma soeur...”— Los países lejanos, conocidos a través de lecturas, no hacían salir de sí mismos a los franceses. Su sentido de universalidad era de signo inverso. No sacaban lo suyo al sol, sino que **entran** a los demás dentro de su ciclo de cultura. Efectivamente, el siglo XIX es afrancesado. La más horrible de las **cocottes** movía su peluca, como Madame de Dubarry, porque se había creado en la Ville Lumière. Todas y todos descendientes de los grandes siglos, **cerebros del Universo**, que cuando necesitaban distraerse con el mundo exótico lo trasladaban a París en cajones e inauguraban una exposición.

Pero luego cambiaron las historias. Los franceses ilustres descubrieron las islas. Guguin pintó las ingenuas bellezas asombradas de Taití. Más afortunado que los poetas de antes—Baudelaire no pasó de la isla de San Mauricio, abrió el camino de las inofensivas **sombras blancas** del arte, que no cambian sus bicicletas usadas con los buenos francos ganados por los indígenas. Todo esto hizo escuela. El francés se vistió su traje de viajero, nunca tan correcto para el polvo como el de un inglés. Aparecieron **chaquets** de profesores **touloussains** entre las viejas catedrales de España y persiguiendo a las alemanas de pies deformes, se sentaron en los jardines italianos. Jugaban los niños franceses y alemanes juntos en las playas del Norte. El odio se desvanecía con el conocimiento. ¡Pobres soldados que siguieron el engaño del capitalismo internacional! La era del viaje se inauguraba cortesmente.

Como un francés es ante todo un escritor, los viajeros quisieron, al volver, contar su itinerario artístico. Se encontraron entre asombros que, desde Merimée, cualquiera había recorrido España, y que los paladares de la postguerra no aceptaban el segundo plato. Sus cálculos aritméticos de cotizar sus impresiones frente a la Alhambra o la torre de Pisa se les quedaban reducidos a polvo. Era preciso andar más, seguir adelante por las rutas marinas y desembarcar en los mares lejanos donde el francés se vuelve suave hablar diplomático. Y allá se fueron. El viajero más típico fué Paul Morand; el periodista más avisado, Phillipe Soupault; el escritor más consciente de su cometido, André Malraux.

Conocí a André Malraux en el **hall** de un



André Malraux

Dibujo de S. Fotinsky

hotel. Es un muchacho alto. Pudiera parecer guapo, con su pelo negro, que se le desmaya sobre los ojos, porque el tic casi continuo de su cabeza hace fracasar a todos los inventores de cosméticos. Su mujer es judía alemana. Su mujer tiene la inteligencia en los ojos terriblemente agudos. Es un complemento no circunstancial, sino absoluto, en la vida de Malraux. Juntos han tenido una hija, comprado una avioneta, descubierto la ciudad de la reina de Saba. De esto último no están seguros en la certeza tomística del dedo sobre la llaga; pero eso mismo nos hace inclinarnos en su favor y desautorizar a los arqueólogos. ¿Qué sabrán esos señores polvorientos que los poetas no puedan descubrir? Estaba pensando todas estas cosas en el **hall** del hotel Metropoli, mientras elegía unas fotos de nuestra llegada a Moscú. Alguien, creo que Jean Richard Bloch, el magnífico y sonriente amigo y escritor francés, me llamaba con su acento **campagnard** para presentarme: André Malraux.

En la mano de la mujer de Malraux lucían las bolas azules, más azules que he visto en mi vida.

Son collares de barro, que llevan los burros en Persia. Amuletos contra el mal de ojo. Si son blancos, el efecto sobre el cuello de las bestias es casi humano.

Así, por la muñeca, como dicen los Santos Padres que puede entrar el Maligno en los cuerpos de las muchachas, comenzó nuestra amistad.

El Congreso de Escritores Soviéticos nos reunía diariamente. Los escritores rusos guardaban para el talento de André Malraux

las mejores frases. Su último libro, la evasión a la muerte por la acción y la Revolución, llamado “La Condition Humaine”, desvelaba a muchos escritores. ¿Era o no era marxista la teoría? Meyerhold comenzaba a estudiar un montaje de teatro sacado de la novela. André Malraux decía en el Congreso, con su voz admirable de Camilo Desmoulins antes de la Revolución Francesa:

—Se ha dado confianza a los obreros, a las mujeres, a los niños, y ellos han respondido como los mejores. ¿Por qué no se da confianza al escritor?

Todo era inquietud, actividad y trabajo para los delegados escritores. Después, cada uno voló sobre una ruta. André Malraux aterrizó en los llanos inmensos de Ucrania. Visitó las ciudades antiguas y los campos agrícolas modernos. Contaba al volver:

—En Rostov, cuando llegamos, sólo había en la plaza desierta una altavoz, gritando desesperadamente: ¡Laváos los dientes por la mañana, al mediodía y a la noche!

La gracia soviética de lo inesperado le ganaba por momentos:

—¡He aquí la vida nueva!

Mientras, Jean Richard Bloch, viajero francés que “Sur un cargo” nos contó el Senegal, me comentaba por lo bajo:

—Son horribles las desilusiones de los libros. Yo había leído “Les conquérants” de André. Me figuraba que Borodín, aquel maravilloso jefe de los chinos rojos, era efectivamente un caudillo bueno para los siglos míticos. Anteayer me invitaron a una comida. Yo oía el nombre de Borodín. Hablé con todos los comensales sin encontrar mi héroe. Cuando, desesperado, interrogué a un hombre que tenía junto a mí, me contestó sencillamente: “Soy yo”. Era, sin duda, el que me había parecido más vulgar.

André Malraux es un francés que ha vivido en China. Pertenece a los grupos actuales de hombres libres que buscan la liberación revolucionaria del mundo. Voló sobre Arabia y Persia. Es amigo de Rusia. Francia le considera como uno de sus primeros escritores, y Francia es demasiado inteligente para rechazar a uno de los suyos por el color de sus ideas. “La Condition Humaine” ganó el Premio Goncourt.

André Malraux y yo no congeniamos mucho. Me ponía nerviosa su forma inquieta de moverse. Además, es tan absorbente que sus viajes parecen tener más importancia que los de Marco Polo. Tiene la petulancia del gallito viajero francés. Mi pobre Jean Richard Bloch quedaba oscurecido, su viaje al Senegal era una aventura para un estudiante en vacaciones. Bueno; yo también estuve en el Senegal y no me creí obligada a escribir un libro. Pero un francés hace siempre mucho mejor sus cuentas que una española. Por todo esto me juré no escribir sobre André Malraux. Le entusiasmo ser adulado. Una inglesa hubiese sostenido su juramento. Como no lo soy, me encanta poder desdeñarme.